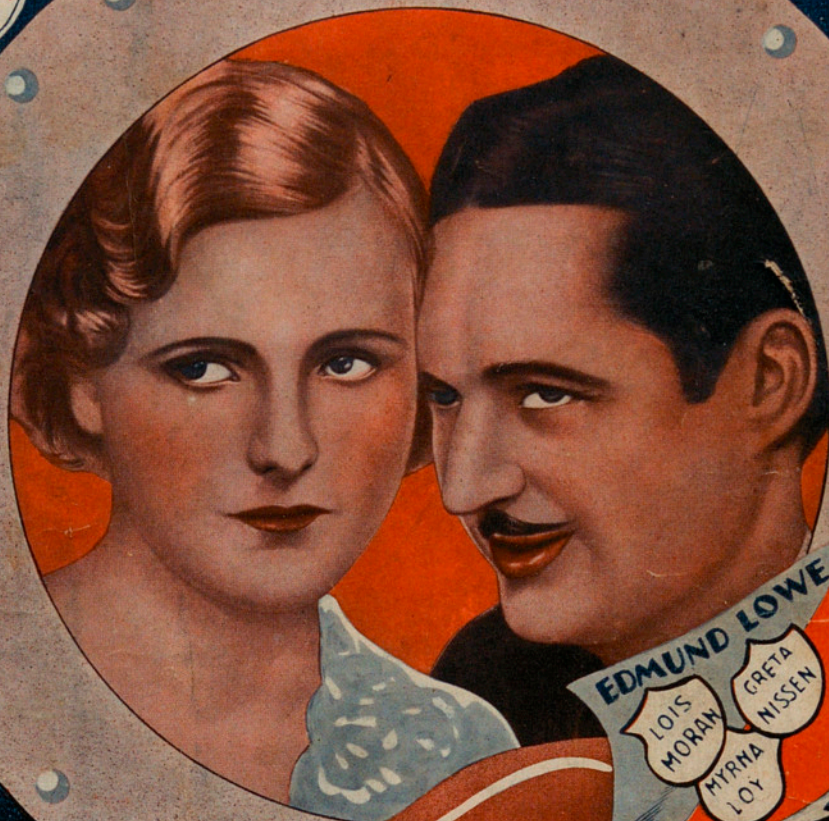


EDICIONES  
BISTAGNE



EDMUND LOWE

LOIS  
MORAN

GRETA  
NISSEN

MYRNA  
LOY

TRANSATLANTIC

FOX

CAMAROTES DE LUJO



CAMAROTES DE LUJO  
(TRANSATLANTIC)



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

## Camarotes de lujo

(TRANSATLANTIC)

Interesantísimo asunto, de gran acción y emoción,  
hablado en español, por dobles

Dirigido por WILLIAM K. HOWARD



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

DISTRIBUIDO POR

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne



#### INTÉRPRETES PRINCIPALES:

<i>Greer</i> . . . . .	EDMUND LOWE
<i>Sigrid</i> . . . . .	GRETA NISSEN
<i>Graham</i> . . . . .	JOHN HALLIDAY
<i>Señora Graham</i> . . . . .	MYRNA LOY
<i>Kramer</i> . . . . .	JEAN HERSHOLT
<i>Judy Kramer</i> . . . . .	LOIS MORAN

## CAMAROTES DE LUJO

(TRANSATLANTIC)

#### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El magnífico trasatlántico estaba a punto de zarpar del puerto de Nueva York. En menos de una semana aquella ciudad flotante iba a atravesar el mar llegando a las costas inglesas.

Reinaba en el vapor ese movimiento febril, nervioso de las partidas. Las dos grandes pasarelas se renovaban continuamente de un gentío abrumado de emoción. Por una de ellas penetraba la gente rica y acomodada, la de los pasajes de primera y segunda clase, y por la otra, la mezcla abigarrada de tercera con el rictus del dolor o de la indiferencia en los labios.

El barco sólo concedía una pequeña parte a ese pasaje pobre y gris, aislado del otro donde se iban a suceder las fiestas y una vida dinámica para contrarrestar la soledad del mar. Casi toda la hermosa nave trasatlántica estaba convertida en gran hotel donde los pasajeros encontrarían todas las comodidades y un ejército de criados para su servidumbre personal.

Millonarios, hombres de negocios, preocupados por las diferentes fases de la lucha económica, que meditaban aún en este momento de la partida nuevas y grandes



combinaciones financieras; aventureros; artistas; familias distinguidas y honestas que por primera vez realizaban el soñado viaje a Europa para ir a visitar las ciudades inmortales; mujeres mundanas para quienes el barco no era más que una prolongación de sus éxitos galantes, seguras de no llegar a Europa sin una nueva conquista; parejas de recién casados a quienes sus amistades despedían echándoles los tradicionales granos de arroz; matrimonios jóvenes que ya deseaban la soledad del camarote y de la noche de luna para soñar; maridos que realizaban un viaje de negocios "a la pura fuerza" según decían a sus esposas que cándidamente habían acudido a despedirles mientras ellos miraban de reojo a las mujeres fáciles que iban a ser sus compañeras de a bordo... Un mundo en fin en que se mezclaban el bien y el mal como en todas partes del universo.

Las cuatro chimeneas echaban espirales de humo; las sirenas lanzaban a los aires su estridente sonido estremeciendo la atmósfera pegajosa del atardecer.

Era ya la hora de zarpar y el capitán desde el puente dió orden para que se desamarrara el vapor, se levantara el áncora, se quitaran las pasarelas.

En pocos momentos, después de tiernas efusiones de despedida, el buque fué despejado de cuantos no debían partir en él... Una gran multitud se aglomeraba ahora en el muelle trasmitiéndose con los pasajeros las últimas advertencias, los últimos consejos, los últimos adioses... Había un volar de pañuelos blancos como banderas de paz... Había lágrimas en muchos ojos.

El barco fué alejándose del muelle, ensanchando a cada momento la vía de agua que le separaba de tierra... Se reanudaron con mayor frenesí las explosiones de despedida... Las sirenas atronaban el espacio como si a su vez saludaran a las sirenas de los otros barcos inmóviles que aun quedaban en Nueva York por algunos días... Ellas tienen alma también como todas las cosas de la humanidad... Y los grandes barcos o las barcas pequeñas, todos hermanos de

una inmensa familia de marineros, guardaban silencio ante la partida del hermano mayor como si la impresión hubiese enmudecido sus gargantas. Algunos parecían llorar; el agua caía a chorros por sus costados, resbalando como un llanto cruel...

¡Adiós, adiós! ¡Buen viaje! Iba anocheciendo; la gran ciudad de los rascacielos se alejaba trazando bajo el cielo de color ceniza las siluetas geométricas de sus edificios. Al fondo las luces de Broadway comenzaban a encenderse, iban a poblar el cielo de la luz multicolor de sus anuncios...

En uno de los camarotes de primera clase, un hombre ya viejo, el señor Kramer, de barba gris, de ojos melancólicos que miraban tras de unas sencillas gafas, contemplaba el desfile de la gran ciudad de la que se iban separando... Abrazaba a su hija Judy, una hermosa joven de dieciocho años, bonita como la primavera de Boticelli y con una sonrisa angelical.

Los dos tenían los ojos inmóviles, como apresados en el sortilegio de la ciudad que se iba desva-

neciendo... Ya quedaban lejos los últimos edificios, ya la estatua de la Libertad les decía adiós con su brazo enhiesto en que brilla una antorcha símbolo de un país libre.

La nena se sentía emocionada al ver que por fin el ensueño acariciado tantas veces de ir a Europa se convertía en realidad...

—¿Estás contento, papá?... Nunca pasaremos otro día tan feliz. ¡Lo sé!

—Hija mía. Los días más felices ya vendrán... Hoy es sólo el comienzo—respondió con su voz cilla lenta en que siempre parecía palpar como un temblor misterioso.

—Mereces la dicha, papá. ¡Has luchado tanto! ¡Has trabajado tanto para mí!

—Sí, es cierto, Judy... Pasé mi vida trabajando, graduando lentes, lentes para que los otros lo viesen todo, desde el insecto al más lejano astro. Ahora vamos a gastar un poco de lo ganado. Nos toca vivir. No viviremos como príncipes, pero sí dignamente como una recompensa a nuestra labor.

—¡Y merecida, papá!



—No somos muy ricos, pero lo suficiente para permitirnos este viaje a Europa con el que he soñado tanto como tú... No por el viaje en sí, sino por renovar el ambiente... ¡Cansa tanto ver siempre lo mismo! ¡Y mi oficio es tan sedentario y aburrido! ¡Benditas las horas que nos esperan de mar y libertad!

—¡Benditas, papá!

Y le besó suavemente y volvieron a quedar contemplando el mar ya libre, espumoso y gris que se extendía ante ellos cantando su canción valiente...

\* \* \*

En el camarote número treinta y ocho del segundo piso, se hallaba Monte Greer, un aventurero, un ladrón elegante, de esos que parecen reflejar toda la astucia, toda la distinción y a veces toda la caballería de un Raffles.

Era hombre de unos treinta años, mundano, sonriente, con un don persuasivo de simpatía.

Sus hazañas en América ocupa-

ban un grueso legajo en la dirección general de policía; pero nunca le habían podido echar el guante. Ultimamente le buscaban para declarar como testigo en un hecho escandaloso en el que también aparecía gravemente complicado... Greer, comprendiendo que el cerco se acentuaba y que cada día era más difícil el sostener su libertad, había optado por tomar pasaje en el vapor, sorteando con la habilidad en él acostumbrada la investigación de la policía.

Subió al barco disfrazado de mozo de equipajes, llevando en una carretilla sus propias maletas, pasando ante los agentes sin llamar la atención, sin que nadie pudiera creer que bajo aquel disfraz se ocultara el temible aventurero.

Había entrado en su camarote, despojándose de su blusa para convertirse en un distinguido "gentleman" que nada debía de temer y al que tampoco le preocupaba nada.

Lejos ya del puerto de Nueva York, sonriente y feliz, leía en un periódico la noticia de que lo mismo en las estaciones ferroviarias

que en los puertos, la policía vigilaba al conocido tahur Monte Greer a fin de que no escapara de América. Y ahora él se reía al verse libre, y junto al ventano abría la boca respirando gozosamente el aire fino del mar que cortaba como un cuchillo.

Entró en la estancia un camarero, un tal Hodgkins, el mozo más locuaz, más charlatán de todo el barco.

—¡Muy buenas, señor!

Greer se volvió y contempló al recién llegado.

—Eres mi camarero, ¿no?

—Sí, señor. El número diez. Mi nombre es Hodgkins. A la orden de usted, señor, para todo cuanto guste mandar.

—¡Muchas gracias! No será éste tu primer viaje, ¿verdad?

—No, señor. Con el que ahora emprendemos llevo ya el número doscientos.

—¡Monótona vida la de recorrer siempre el mar!

—Nada de eso, señor. No lo crea usted. No hay travesía que sea igual, sino llena de gente diversa que viaja junta, que viene de

quién sabe dónde, y se da las manos y se conoce, y unos se quieren y otros se odian...

Hablaba rápidamente como una oración repetida muchas veces. Greer sintió un repentino dolor de cabeza.

—¡Bien, Hodgkins, bien! —le dijo—. ¿Me quieres hacer el favor de abrir mi equipaje?

—¡No faltaba más!

—Gracias.

—¡A sus órdenes, señor!

Greer salió a cubierta respirando el aura salobre y viendo allá en la lejanía, a muchas millas de distancia, el difuso resplandor de la gran ciudad iluminada en la noche...

\* \* \*

Entre los pasajeros figuraban el banquero Henry Graham y su bella esposa Kay. El era un hombre de mediana edad, de rostro duro y enérgico, ella una mujer joven y guapa, un alma siempre dispuesta a la abnegación y al sacrificio.

La casa de banca iba muy mal,



estaba al borde de la quiebra, y presintiendo el peligro, Graham marchaba a Europa llevándose una fabulosa cantidad de valores, que de esta manera creía quedaban a salvo de toda intervención judicial.

Graham no había sido en su vida de casado un modelo de virtudes. Meses antes había tenido relaciones íntimas con Sigrid Carlene, una bellísima bailarina que era muy pródiga en dar amor... Era una mujer rubia, nacida en tierra de Suecia, que tenía en los ojos una luz de verde tonalidad.

Ultimamente había roto sus relaciones con Sigrid, temiendo que su esposa sospechara su infidelidad.

Su sorpresa no tuvo límites cuando al ir a salir de su camarote se encontró con la artista, que iba también a Europa contratada para unos teatros de París y Berlín.

—¡Qué alegría!—le dijo ella colgándose de su cuello, entrando con Graham en la habitación de éste.

—Pero, Sigrid. ¿Has perdido

el juicio? ¡Sal de aquí inmediatamente!...

—No seas tonto, Graham. Tú sabes cuánto te he querido...

—¿Sabías que viajaba en el barco?

—Me enteré por los "Ecos de Sociedad". ¡Y me puse más contenta con esa coincidencia! Espero que nos seguiremos viendo.

—No es posible ahora, mujer... ¿Quieres ser razonable? Ya te veré más tarde. No te he olvidado, no creas... Pero ahora vete... Mi mujer está en su cuarto, en la habitación contigua...

—Es donde ella debe estar. ¿Verdad, Graham, que volveremos a ser amigos?

Y estampó un sabroso beso en los labios de Graham...

Una voz les hizo volver rápidamente. Ante ellos se encontraba la señora Graham, bella y triste, con una melancolía de dolorosa.

—¡Ah, creía que estabas solo! —dijo intensamente pálida—. Usted dispense.

El banquero, nervioso, exclamó mirando a la bailarina:

—Sigrid, ¿se quiere usted marchar?

—Ahora mismo —respondió ella sonriendo cínicamente—. Nadie podrá acusar a Sigrid Carlene de mezclarse entre marido y mujer. Amo la paz, amigo. Adiós, Graham rico, ya te veré en París.

Y acariciándole el rostro con su manecita perfumada, salió del camarote.

La señora Graham contemplaba fríamente a su marido que fumaba con nerviosidad un cigarrillo.

—Perdona, Kay—le dijo—. Es un cliente del banco. Una mujer exótica, original, llamativa... Tiene un atrevimiento inaudito... Por lo visto se cree que aquí hay que hablar de negocios como en la banca... Es demasiada familiaridad... No dejaré entrar a nadie en lo sucesivo... Esa gente no tiene consideración ni respeto a nadie...

Kay aparecía distraída, sin contestarle, sin aceptar como buenas aquellas burdas excusas que a nadie podían engañar y menos a una mujer tan fina, tan inteligente como ella... Y sin embargo, aquella

criatura que sufría abnegadamente, no quería dar el espectáculo de una desunión, de un escándalo, de un alboroto que fuera la comidilla de las gentes...

Graham estaba cada vez más nervioso sin llegar a discernir la actitud de su esposa. Y continuó:

—Bueno, vida, ¿estás contenta?

—¿Yo?

—Quiero decir si te encuentras bien. Vamos, me alegro... ¿Por qué no trajiste tu doncella contigo?... Pero ¿qué te pasa?... ¿Por qué no me respondes? ¿Por qué no me dices algo?

—Conque en París, ¿eh?—respondió envolviéndole en una mirada de reproche y de dolor.

Graham se estremeció.

—¿París? Vaya, criatura, no te tomes las cosas así... Te quiero a ti y a nadie más. Bien lo sabes. Divorciarme sería lo último que se me ocurriría.

—Ya veo. No sería un buen negocio para ti.

—Kay, perdóname, ¿pero no crees que estás siendo algo injusta conmigo?

—Puede ser—replicó—. Perdo-



na, Henry. El resto del viaje trataré de ser lo más cordial con tu bella amiga...

—Kay...

Mas la esposa había ya entrado en su camarote y cerrado con llave la puerta intermedia...

Y Graham se sintió furioso contra la bailarina por cuya presencia él iba a pasar un mal viaje con su mujer.

Mas poco a poco se fué tranquilizando. Kay acabaría teniendo para él su mansedumbre habitual... Y en cuanto a Sigrid... ¡era tan hermosa!... Sus labios tenían un gusto tan exquisito... ¡Bah! El mar se presta a las aventuras de amor, a las aventuras efímeras que duran lo que el viaje. ¿Y no son éstas las más bonitas y dulces? Antes que tengan tiempo de cansar, ya pasaron... Lo que no tuvieron de tiempo, lo tuvieron de intensidad... Y ya era bastante, ya era suficiente...

\* \* \*

Otro camarote lo ocupaban cuatro sujetos de expresión sospecho-

sa. El jefe era un tal Handsome, y los cuatro tenían cuentas pendientes con la justicia, pues eran también del gremio de ladrones de hotel o de trasatlántico.

Habían embarcado con una misión: la de desvalijar a Graham. Y estaban seguros de llevarla a cabo; se valdrían de la astucia, de la audacia, o de cuantos medios les encaminaran a su fin.

Desde que embarcaron habían estado en el camarote, jugando al bacará, procurando pasar inadvertidos para la justicia... Ahora, ya en alta mar, Handsome salió del cuarto, recorriendo con tranquilidad los pasillos y cubiertas.

Iba Greer a entrar en su camarote cuando se topó con Handsome, su rival en el mismo oficio.

Ambos hombres se contemplaron con cierta inquietud y con evidente sorpresa. Ninguno de los dos esperaba hallar al otro allí.

Greer se echó a reír.

—¡Bien... hombre... bien!... ¿Conque el mismísimo Handsome aquí?... ¡Qué grato encuentro!

—¿Qué tal, Greer? —le dijo Handsome, pálido de ira, pues temía que aquel hombre pudiera desbaratar sus proyectos.

—Divinamente.

—¿Cómo lo hiciste para entrar?

—Como mozo de equipajes. Ya sabes que tengo grandes recursos.

—Buena jugada, porque te estaban persiguiendo...

—Los burlé.

—¿Y qué te trae de importancia por aquí?

—Pues ya ves. El deseo de escapar de la policía.

—¿Nada más?

—Nada. Nada importante. Hago este viaje por salud. Siempre convienen las auras marinas.

—Sí, ¿eh?

—¡Sí!

—Bien. Ya te veré otra vez.

—Claro. Ven cuando quieras.

—¡Gracias!

—¡Adiós!

Handsome se retiró con una sonrisa marrullera, y Greer le contempló con inquietud.

Adivinaba lo que pretendía aquel hombre: desvalijar a alguno de los viajeros, tal vez a Graham...

Sabía Greer que Graham viajaba a bordo con una fortuna y estaba dispuesto a hacerse con ella, bonitamente, para no "desperdiciar el viaje"... Y así, deseoso de ponerse ante todo en relación con los Graham y de conocer la situación de su camarote, se dirigió tranquilamente hacia el lujoso departamento de primera preferencia que el rico matrimonio ocupaba.

Llamó con los nudillos y una voz fuerte y algo ruda le autorizó para entrar.

Entró y vió a Graham que estaba sentado ante una mesita leyendo un libro.

—¿Qué quiere usted?—le dijo el banquero, sorprendido.

Dando una ojeada por la estancia, Greer contestó:

—No sabe cuánto siento molestarle, señor, pero no sé dónde dejé olvidada mi maleta.

—¿Y qué le hace a usted suponer que su equipaje esté en mi camarote?

—Verá usted... Yo ocupo la correspondiente cabina arriba y tenemos la misma inicial G.



—¡Ah, bien! Pero aquí no está su maleta.

—Lo siento.

—Acaso se encuentre entre el equipaje de mi esposa... Puede usted mirar allá, si quiere—dijo señalando la puerta de la habitación de Kay.

—Muchas gracias.

—Pero tendrá que dar la vuelta por el pasillo para entrar. Por aquí está cerrado.

Greer hizo un gesto de extrañeza. Rápidamente comprendió que el matrimonio se portaba tan mal que llegaba al extremo de impedir toda comunicación entre los dos cuartos...

—¡Bien!... ¡Gracias!... Usted dispense.

—De nada.

Greer salió al pasillo y llamó a la puerta de la derecha...

—¡Pase!—le dijo una voz de mujer.

Greer entró y vio sentada ante el tocador una hermosa señora, joven y bella, pero en cuyos ojos había huellas de recientes lágrimas. ¡Algún disgusto matrimonial! Greer casi hubiera puesto la

mano en el fuego que era Graham quien tenía la culpa, Graham, de quien se contaban historias escandalosas... Ella, en cambio, parecía una mártir, la criatura sacrificada a todos los egoísmos y tentaciones.

—Señora...

—¿Quién es usted?—dijo la dama, sorprendida—. Creí que entraba mi doncella.

—Perdone usted, señora... Siento molestarla, pero perdí mi maleta y temo pueda estar aquí por una equivocación del camarero. ¿Me permite que mire? ¡Muchas gracias!

Examinó la estancia, sin hallar, naturalmente, su equipaje, que estaba bien guardado en su camarote... Miró varias veces a Kay e interiormente se hizo una pregunta: "¿De dónde conozco yo a esa mujer?" Recordaba haberla visto en alguna parte.

—¿Se da cuenta ahora de su error?—le dijo ella con su voz dulcísima.

—La ocasión de verla, señora Graham, no es error. Es una gran suerte... Muchas gracias por su

atención... Me tiene a sus órdenes... Y si en algo puedo serle útil durante el viaje, no tiene más que avisarme.

—No me imagino lo que pueda usted hacer por mí—le contestó algo sorprendida.

—¡Oh, señora! Lo dejo a su imaginación... Piense en ello. Y lo crea o no, buscaba aquí mi equipaje... ¡Buenas noches!

Y salió sonriente, lleno de íntimos y serenos pensamientos. Más que en el verdadero objeto que le había llevado a aquellas habitaciones, o sea el averiguar dónde podrían estar escondidos los valores, cosa que no descubrió, pensaba en la elegante señora de Graham. El la conocía, había hablado con ella otra vez. ¿Pero dónde? Y buscaba por el laberinto de sus recuerdos...

Al salir a cubierta se encontró de nuevo con Handsome que le contemplaba con una sonrisa cínica y odiosa.

—Nada importante, ¿eh? ¿No pretendes nada y vas a su camarote?

Greer le miró con altivez, con

deseos de abofetearle allí mismo.

—¿Te refieres a la señora Graham?... ¡Qué absurdo!

—No, no me refiero a la señora, sino a él...

Greer rió y se acodó en la barandilla contemplando el mar oscuro y el cielo azul enjovado de diamantes.

—¡Qué cosa tan bella! No hay como la naturaleza, ¿verdad?

—Vamos, Greer... No te escurras.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me oíste. ¿Conque de visita con los amigos Graham?

—¿Y qué? Somos muy amigos. Sí, Graham es como si fuera mi padre.

—Pues, hijo, tu padre viaja con una fortuna en sus manos.

—¿De veras?—dijo con falsa ingenuidad.

—¿No te parece que debieras presentarme a él?

—¿Cómo? ¿Al señor Graham?

—Sí.

—Nada, Handsome, eso ni lo pienses.

—No me gusta tu actitud.

—Ni a mí que nadie se me im-



ponga ni me amenace. Ya sabes cómo las gasto.

Y separándose bruscamente del otro aventurero se dirigió a su camarote, mientras Handsome, lanzando por lo bajo una maldición, se dirigía a reunirse con sus amigos pensando que tendría que guardarse de Greer tanto o más que de la policía.

\* \* \*

A primeras horas de la mañana siguiente, los cincuenta "grooms" del vapor eran revista- dos por el mayordomo. Compro- bado que nadie faltaba a la lista, cada uno, vestido con su uniforme y su gorrito azul, se distribuyó entre los distintos departamentos de la gran ciudad flotante.

El trabajo no faltaba nunca y los muchachos se multiplicaban an- siosos de gratificaciones, de propi- nas, hombres antes de tiempo, en aquella atmósfera mundana de lu- joso hotel.

Uno de los "grooms" entró un gran ramo de rosas en el departa-

mento de la bailarina Sigrid, la hermosa artista sueca, que tenía algo de walkiria en sus movimien- tos, en su voluptuosidad, en su ca- bello dorado, en sus ojos verdes, de los que, a veces, surgía como una luz fría y cruel.

La doncella recibió las flores... Sigrid, que se hallaba arreglándose ante el hermoso espejo del toca- dor, preguntó:

—¿Qué es, Hilda?

—Flores preciosas... ¡Mire us- ted, señora!

—¡Son muy bellas! ¡Ponlas allí!...

Y sonriente, contenta de vivir, enamorada de su juventud, de su belleza, que hacía esclavos a los hombres, se dijo, con una vanidad pueril:

—¡Qué feliz me siento!... ¡Ah! ¿Por qué seré tan bonita?

—Porque así te quiero yo...— respondió una voz varonil.

—¡Eh! ¿Quién está ahí?... ¡Pe- ro Greer!—dijo asombrada al ver ante la puerta al aventurero que la miraba con una alegre sonrisa.

—Leí en la prensa que estabas a bordo y vine a verte.

—Pues podías llamar antes de entrar.

—En otros tiempos no tenía que llamar. Y no te molestaba.

—Pero estos no son aquellos tiempos. Todo cambia—le dijo con severa entonación.

—Tú, no. Aun tienes las mismas inimitables líneas.

—Sí, y a ti aun te gusta leer en- tre líneas...

—Ja, ja, ja! Siempre graciosa... ¡Oh!, ya veo mi ramo de rosas, ¿no?

—¿Son tuyas?

—Desde luego. Pero ¿qué tar- jeta es esa? "A mi preciosa, de su Graham." ¡Oh, perdona, Sigrid! Me equivoqué. Veo que no has cambiado. Siempre que quieres al- go lo consigues sin reparar en nada.

—Yo sólo pretendo cosas de quien puede perder.

—Pues ve con cuidado. Graham no te conviene, ni quiero que lo veas. Hay una mujer a bordo que no debe perder, que adora a su es- poso y que está sufriendo por tu culpa.

—¿Te refieres a la señora Gra- ham?

—¡Sí!

—Te interesa mucho.

—No. Sólo una mujer me ha interesado, Sigrid... ¡Eres tú! ¿No piensas a veces que podríamos otra vez...?

—¡No, amigo mío!—repuso ella con desdeñosa frialdad—. Cuando un episodio *e finito, e finito*. Y el nuestro ha concluido para siempre.

—¡Quizás sí... quizás no!... ¿Quién sabe? Nadie puede nunca responder de su futuro.

—¡Yo sí!

—Ya veremos. Adiós, Sigrid.

—¡Adiós, Greer!

Marchó el joven y ella empujó la puerta con violencia.

Le era sumamente antipático aquel Greer. No podía verle. En otro tiempo habían sido amantes. Pero, luego, una traición de él puso un abismo entre los dos. Y Sigrid no estaba dispuesta a volver a las andadas. Pero, en cambio, Greer sentía siempre esa ligera nostalgia que todas las mujeres del mundo dejan en el alma del amador... Una nostalgia que hace desear vol-



ver a aquello, como si el tiempo pudiera correr a la inversa y para el amor no se necesitara una extraña ilusión que, una vez perdida, no se vuelve a recuperar...

\* \* \*

Greer pasaba la mañana aburrido viendo pasar las largas y monótonas horas de navegación. ¡Y era necesario pasar aún varios días en este encierro forzoso! ¡Oh! Sin embargo, quería aprovechar cualquier ocasión para apoderarse de los valores de Graham y tener dinero para una temporada de fausto en Europa.

El criado Hodgkins, el incorregible parlanchín, le sirvió el desayuno en cubierta. Greer se hallaba sentado en un sillón de mimbre. Dejaba que la imaginación volase con la libertad de aquella brisa matinal.

—¡Muy buenos días, señor!

—Muy buenas.

—Déjeme arreglar su manta al señor...

—¡Gracias! Ya está bien.

—El tiempo está lo que pudiéramos llamar revuelto, señor. Día gris, plumizo.

—Sí, ya veo.

—Aquí tiene el desayuno.

—¡Ah!

—Mire lo que le traigo. Frutas, huevos, arenque ahumado, tostada, mermelada y café, señor.

—Yo nunca desayuno, Hodgkins.

—Debe usted comer, señor. Especialmente en una travesía como ésta. La comida, viajando, es como el lastre en un globo. Mantiene a uno firme. Por supuesto, cuando hace mal tiempo, se devuelve algo, con respeto sea dicho.

—Bien, no detalles, Hodgkins. Basta.

—Un barco es como una ciudad, señor. Gente reunida que viene de quién sabe dónde. Apenas se conoce y unos se quieren y otros se odian, y ocurren cosas a algunos que cambian sus vidas por completo. Usted sabe muy...

Pero se interrumpió al ver que el señor Greer se había marchado de allí, dejando íntegro el desayuno.

El camarero se volvió a la cocina lamentando la actitud del pasajero. Pero, ¡bah!, él no se daba nunca por ofendido.

Greer, no pudiendo resistir por más tiempo la charla del mozo, se había alejado de él, yendo a ver un curioso globo terráqueo que había sobre cubierta y en el que estaba consignada la situación en que se encontraba el trasatlántico.

Mientras Greer miraba sin entender aquella esfera, se le acercó el señor Kramer.

Muy respetuosamente, Kramer le saludó.

—Buenos días, señor.

—¡Buenos días! —contestó Greer con su aire jovial.

—¿Entiende usted, señor?—dijo el óptico señalando el círculo—. Dónde estamos, ¿eh? ¡Es curioso!... Estamos ahora a cien grados diez minutos de latitud... y treinta grados quince minutos de longitud...

Greer, que en aquellas cuestiones geográficas estaba tan atrasado como un niño, no quiso demostrar su ignorancia y contestó con aire de suficiencia:

—¡Oh, sí, sí!... Está claro, es muy sencillo. Verá... Mi mano derecha señala el Norte y mi izquierda el Sur... Delante de mí tengo longitud y detrás tengo latitud... ¡Es muy fácil!

El señor Kramer se lo quedó mirando con extrañeza, sin comprender palabra alguna.

Llegó Judy, la bella hija del óptico, una rubia fresca y suave como una flor natural.

—¿Quiere usted explicarle eso a mi hija, señor?

Greer no se quedaba nunca atrás y dijo:

—Claro que sí. Con mucho gusto. Ve usted, mi mano izquierda, digo, la derecha, señala al norte, y mi izquierda señala al Sur... Delante tengo latitud, digo longitud, y detrás tengo latitud... Eso es... ¿No es cierto?

Judy, un poco desconcertada, replicó:

—Exactamente... Latitud es la distancia norte o sur del Ecuador. Longitud la distancia este u oeste del primer meridiano.

—¡Tiene razón! ¡Eso es!—dijo Greer sin entender jota.



Y descubriéndose respetuosamente, agregó:

—No me he presentado todavía a ustedes... Mi nombre es Greer.

—El mío es Kramer.

—¿Cómo está usted?

—¡Bien! ¡Gracias! Le presento a mi hija Judy, señor Greer.

—¡Oh, tanto gusto, Miss Kramer!... Es un placer conocerla... Siempre me gustó la geografía.

Kramer y Judy rieron, comprendiendo ella que aquel hombre no entendía de cuestiones geográficas, pero perdonándole su vanidad en aras de la simpatía que inspiraba.

El señor Kramer se retiró a su habitación, y Judy y Greer pasearon por la cubierta superior.

Una buena amistad pareció unírles de pronto. Ella se sentía influenciada por el don de gentes de su nuevo amigo, y a su vez Greer, avezado al trato de tantas mujeres libres, estilo Sigrid, sentía el alegre atractivo de hablar con una mujercita ingenua, bondadosa, que tenía, más que perfume de rosa, el aroma de una violeta o un lirio.

—¿Qué hace su papá de usted?  
—preguntó Greer.

—Es óptico.

—¡Ah! ¿Es óptico?

—Sí, por eso sabe tanto de longitud y latitud.

—En cambio, le confieso que yo no sé nada... nada. Bien habrá agradecido la información que le di. Perdóneme usted y que su papá me perdone. Pero en esas cuestiones estoy totalmente *in albis*.

—¡Oh, ya se ve!...

—Supongo que usted no es óptica, ¿eh?

—¡No!

—¡Vaya, vaya, me tranquilizo!

En aquel momento sonó el silbato de una de las sirenas saludando a un barco que pasaba.

Judy, repentinamente nerviosa, tendió los brazos al cuello de Greer en un anhelo de protección. Por un momento permanecieron abrazados, sintiendo Greer que por todo su cuerpo pasaba un suave estremecimiento.

Judy se echó a reír.

—¡Usted perdone!

—Todo lo contrario. Soy feliz.

—Me he asustado un poquito.

—¿No se volverá a asustar?

—Creo que no.

—¡Qué lástima!

Pasaron un rato delicioso... Bajaron luego a otra de las cubiertas y vieron pasar de pronto a Sigrid, hermosa como nunca, llevando entre sus brazos un pequeño perrito pequinés, lindo como un juguete.

Ella miró fríamente a Greer y siguió su paso, balanceándose con cierta indolencia.

—¡Qué mujer tan bonita!—dijo Judy con ingenuidad.

—Sí, es bonita.

—¿La conoce usted?

—Un poco. En otro tiempo fui muy amigo suyo.

—¿De veras?

—De veras.

—Parece muy interesante.

Greer vió a la señora Graham que se hallaba acodada en la barandilla, con los ojos maravillosos y grandes, fijos en la inmensidad del mar.

—Si le interesa conocer gente de la que viene en este barco, aquella señora le encantaría... Aunque sufre, nunca muestra su amargura.

—Tiene preciosos ojos.

—Pero trágicos. Aquel caballe-

ro que habla ahora con ella, es su marido, Henry Graham.

—Henry Graham, ¿el banquero de Nueva York?

—El mismo. ¿Lo conoce usted?

—Yo no. Pero mi padre tiene todos sus ahorros en su casa de banca. Debe ser una satisfacción pensar que tantos le confían casi el pan de cada día.

—Yo nunca como pan. Estropea la figura.

—¡Qué gracia!

Y riendo se dirigieron los dos al comedor donde ya se preparaba el primer turno.

\* \* \*

Greer al día siguiente se dirigió a la magnífica piscina del vapor.

Vió a Sigrid tentadora dentro de su "maillot" y que pasaba indiferente ante él, casi sin saludarle.

¡Ah, cómo había perdido él a esa mujer! Recordó los días venturosos que había pasado junto a ella, en algunos balnearios, en piscinas donde también se bañaron los dos, risueños y felices, creyendo



que su idilio duraría mucho tiempo. Pero Greer, caprichoso, lo dejó correr... y ella ya no quería ahora reanudar. Bien es verdad que Greer estaba seguro de que ella tampoco le hubiera guardado fidelidad. Amaba la variedad y un día y otro se hubiera ido con el que pagase más. Engañar a ciertas mujeres sólo es adelantarse a los acontecimientos.

Pronto olvidó a Sigrid para contemplar a Judy Kramer que nadaba en la piscina con una agilidad magnífica.

Cuando ella salió, Greer le dijo sonriente:

—¡Bien, muy bien! ¡La felicito, miss Kramer!... ¡Qué bien nada usted!... ¿Está usted cansada?

—Sí. Voy a subir y veré a mi padre. Estará solo. Hasta luego, Greer.

—¡Adiós, Judy!

Ella desapareció, bella y pura dentro de su traje de baño, y Greer, pasando por la piscina vió a la señora Graham sentada indolentemente y siempre pensativa y melancólica.

Se acercó a ella con la sonrisa

en los labios. Le interesaba esa mujer, con un interés respetuoso y digno.

—¡Buenos días, señora Graham! ¡Qué grata sorpresa verla aquí!

—Yo, en cambio, no me sorprendo de verle. Es encantadora—dijo.

—¿Quién?

—Aquella joven con la que hablaba usted hace un momento.

—¡Oh, sí, sí! Me interesa.

—¿Mucho?—preguntó sonriente.

—Regular nada más. Eso creo yo. Pero, ¿quién sabe? Es joven, ingenua, adorable. Mientras que yo... Bien, hablemos de otra cosa. Temo que anteanoche fuí imprudente con usted. Le agradezco que me hable hoy... ¿No se acuerda de mí?

—Ya lo creo... Hace años en la Habana fué usted muy atento conmigo.

—¿En la Habana? ¡Oh, sí! ¡Ahora recuerdo! Yo me he preguntado varias veces: ¿De qué conoces a esa señora? En la Habana... sí... ¡Qué bonito aquello!... Y usted me hizo soñar... Entonces acababa usted de casarse... ¡Era

tan bonita! Me hubiera gustado una muchacha como usted.

—¡Era yo entonces tan joven! —suspiró—. Apenas sabía lo que era felicidad.

—¿Y ahora...?

La dama le envolvió en una mirada severa como si rechazara el interrogativo de aquel hombre que años antes había sido compañero de hotel.

—Mi marido y yo somos felices—dijo.

—¿De veras?

—¡Sí, señor! ¡Y buenos días, señor Greer!

En aquel instante vieron pasar por la otra parte de la piscina a Sigrid en compañía del banquero Graham.

La esposa les contempló con serenidad sin que nada denotara su alteración. Greer, ligeramente conmovido, dijo:

—Siento que se vaya usted ya... Admiro su carácter, señora Graham. Si alguna vez perdiera, lo haría usted con gran valor.

—Quizás. Pero no pienso perder nunca.

Y se alejó de él dejando una estela de perfume a su paso.

\* \* \*

En su camarote Handsome y sus tres cómplices comentaban los incidentes del día.

—Vi a nuestro banquero señor Graham en la piscina. La bailarina sueca le hace olvidar todo—dijo uno de los hombres.

—Necesitaré algo que le haga olvidar cuando yo acabe—repuso Handsome con brutal expresión.

—¿Acabar qué?

—¿Qué te importa a ti?... Y dirigiéndose a los otros dos

camaradas les advirtió:

—Mañana por la noche en el camarote de Graham sin falta.

—Perfectamente.

—¿Sabéis algo de Greer?

—Hablaban con la señora Graham. Me parece que se olvida del negocio—dijo otro de los cómplices.

—Yo no quiero que trabaje conmigo.

—¿Crees que es de fiar?



—Ya veremos. Pero si estorbaba...

Y Handsome trazó un gesto amenazador en el aire.

Entretanto, se celebraba un concierto en el gran salón del trasatlántico.

Judy y Greer iban juntos. El ladrón parecía olvidarse de su profesión ante esta Judy inocente que le trataba con una bondad deliciosa.

Le agradaba esta criatura ingenua que se sorprendía de todo, incapaz de hacer daño a nadie y que parecía transportarle a una nueva y más honrada juventud.

¡Ah, casi estaba seguro que de no ser un hombre de tan agitada historia, le hubiera pedido relaciones de amor! Y ella por su parte se sentía feliz al lado de aquel compañero de viaje, que sabía de tantas cosas y le hablaba con el interés del que ha recorrido medio mundo.

En una de las salas encontraron al señor Kramer que se hallaba fumando tranquilamente un habano.

Judy le besó y Greer le dijo:

—Siento que lo hayamos dejado tan solo. Pero estuvimos en cubierta.

—¡Oh, no importa!—exclamó Kramer bondadosamente—. Judy me ha dicho lo bien que lo pasa con usted.

—¿No le ha dicho lo bien que yo lo paso con ella?—contestó Greer, riendo—. Pero ¿por qué no vino usted con nosotros?

—Yo me entretuve aquí con mi cigarro, mi cerveza y la buena gente que encontré. Oye, Judy, estuve hablando con el señor Graham, el banquero. ¡Es tan bueno, tan sencillo, tan amable! Me acogió cordialmente como a un antiguo camarada.

—¡Me alegro de ello, papá!

Greer, sonriente, se despidió de padre e hija hasta más tarde. La evocación del nombre de Graham le había hecho recordar cosas muy interesantes. No debía olvidar que debía apoderarse de los valores del banquero, antes de que Handsome se le adelantara... Quien da primero, da dos veces...

Entró Greer en el comedor don-

de estaba Sigrid sentada a una mesa, tomando un refresco.

El aventurero pasó junto a ella y le dijo sonriente:

—¡Adiós, Sigrid! ¡Eres como una flor, tan bella, tan deliciosa, tan perfumada!

Y como viese avanzar al banquero Graham, se alejó rápidamente.

Graham, a pesar de sus propósitos de no volver a acercarse a Sigrid, no se hallaba con deseos de cumplirlos. El recuerdo fragante de otros días de amor se despertaba en él, haciéndole olvidar sus promesas de fidelidad a su esposa.

Se acercó a Sigrid, y ella, que deseaba con voluptuosa delicia que el banquero volviese a su lado, pues sabía que era generoso y no se negaría a comprarle joyas y otros objetos de valor, le acogió cariñosamente.

—¿Quién es ese hombre con el que hablabas?—le preguntó Graham.

—Jamás le he visto antes de ahora.

—¿De veras?

—No se quién es. Ya sabes que nadie me interesa.

—¿Ni yo?

—Tú eres distinto...

—¡Oh, Sigrid!—dijo besándole la mano.

Pero como viese que Kay, su esposa, les contemplaba desde una galería, Graham se despidió de la danzarina, quedando en telefonarla después.

Kay, tristemente, comprendiendo que su marido la abandonaba, se alejó con melancolía...

\* \* \*

Algo más tarde, adoptando todo género de precauciones, Greer consiguió entrar en el camarote del banquero.

Graham estaba fuera, y Greer fué pisando quedamente sobre la blanda alfombra ante el temor de que la señora Graham se hallase en el cuarto de al lado.

Deseoso de apoderarse de los valores, Greer abrió un armario persiana y comenzó a registrar todos los departamentos, sin encon-



trar rastro alguno de lo que le interesaba.

Nervioso, iba a dirigirse a abrir una mesa cuando escuchó que alguien se acercaba y corrió a ocultarse en un contiguo cuarto ropero.

Momentos después, entró Graham en el camarote. Sigilosamente, procurando no hacer ruido, hizo uso del teléfono.

—Miss Sigrid Carlene, haga el favor...

En seguida escuchó la voz suave de la artista.

—¿Quién?

—¿Eres tú, encanto? ¿Puedo ir ahora?—dijo Graham.

—Sí.

—¡Voy en seguida, amor!

Dejó el auricular, y ante el tocador se arregló el cabello y el lazo de la corbata.

¡Qué maravillosa hora de amor le esperaba! Sigrid iba a ser generosa con él; a sumirle en todas las embriagueces en que ella era maestra consumada... Encendió un cigarrillo... ¡Qué feliz se sentía!

Desde su escondite Greer lo ha-

bía oído todo. ¡Ah, pillo! ¡Qué suerte tenía en todo!

Graham, antes de marcharse para su culpable cita de amor, entró en el cuarto de su mujer y encontró a ésta llorando amargamente.

Sorprendido, el banquero le dijo:

—¿Qué tienes, Kay? Te conduces como una criatura... Detesto el ver llorar a una mujer.

—También yo. Pero algunas veces es un consuelo.

—¿Consuelo de qué?

—¡Esa constante humillación me enloquece!—exclamó—. Sólo te pido que en tus atenciones con Sigrid seas más discreto.

—¡Pero, qué tonta eres! Miss Sigrid Carlene me tiene confiados sus fondos y debo ser considerado con mis clientes.

—Sí. Ya veo cómo te absorben el tiempo.

Graham, cínico, seguro de vencer a su esposa, le dijo:

—Sigrid es una gran artista y no piensa en otra cosa que en su arte. Nuestra amistad ha sido siempre la de dos inocentes y fue-

nos camaradas y tú tratas de arruinarla con indignas insinuaciones. Mira, supongo que no te das cuenta de ello, pero me estás amargando la vida.

Ella siguió llorando, y Graham volvió a su camarote, arreglándose de nuevo ante el espejo los desperfectos que el disgusto hubiera podido ocasionarle.

Después, sonriente, importándole poco ver sufrir a su mujer, se dirigió hacia el camarote donde Sigrid le esperaba con la misma ilusión de otros días, acrecentada por la separación.

Pero ignoraba que iba a tener un gran disgusto. Greer le había tomado la delantera.

El aventurero, una vez Graham entró en el cuarto de su esposa, salió del camarote dejando para otro día el apoderarse de los fondos y se dirigió rápidamente a las habitaciones que ocupaba la linda bailarina.

He ahí una ocasión, una oportunidad para poder entrar en la estancia de aquella diosa de amor.

Llamó a la puerta y una voz tenue y dulce le dijo:

—¡Entra!

Avanzó; la estancia estaba sumida en oscuridad, bañada solamente por una débil luz de luna que entraba por la ventana.

Una voz que surgía del fondo del cuarto le dijo:

—¡Adelante, vida! ¡Estoy aquí!

Casi entre sombras, trémulo e ilusionado de amor, Greer adelantó hasta encontrar un blando lecho. Sentóse en él; sus manos acariciaron un hermoso cuerpo femenino y en silencio lo estrechó en sus brazos y besó una boca fresca y juvenil...

Pero la caricia fué interrumpida bruscamente por un grito de sorpresa de la mujer.

—¡Monte Greer!—exclamó Sigrid reconociéndole aun en medio de la sombra.

Dió la vuelta al conmutador y la estancia quedó poblada de luces.

No se había equivocado. Junto a ella, en actitud amable y algo cómica se encontraba Greer, quien le preguntó sonriente:

—¿Cómo me has conocido?



—Porque nadie besa como besas tú.

—Eso dicen.

—¡Márchate de aquí en seguida!

—¿Tanto me odias?

—Me eres indiferente. ¡Sal!

—¿Esperas acaso a alguien?

—Eso no te importa.

—¿Le conozco yo?

—¡Oh, Greer! ¡Vete ya!

—¡Imposible! Eres demasiado bonita para que te deje.

Abrióse en aquel instante la puerta y apareció el banquero señor Graham que quedó paralizado por la emoción y la sorpresa.

¡Sigrid con aquel hombre! ¡Y ella había tenido el atrevimiento, la audacia de citarle a aquella hora!

Pálido, correcto, exclamó:

—Ustedes perdonen. Debí venir algo más tarde.

—Ya te lo explicaré todo, Graham... No vayas a creer—exclamó Sigrid, disgustada.

—Recuerdo haber oído antes esas palabras.

Y saludando fríamente se alejó del camarote, disponiéndose a no

volver a tratar jamás con aquella mujer, mariposa de capricho...

Greer sonreía por lo bajo, y viendo la indignación de Sigrid, le preguntó:

—¿He hecho mal en venir, encanto?

—¡Eres un imbécil!—gritó rabiosa—. ¡Me has arruinado! He perdido por tu culpa la protección del banquero... ¡Ahora que volvía a tenerlo bien cogido!...

—Pero, cielo, yo no podía saber...

—¡Vete de aquí! ¡Vete y que no te vuelva a ver más!

Sonriente Greer se alejó, lamentando en su fuero interno haber perdido la ocasión de poder pasar la noche con Sigrid, pero alegrándose por otra parte de lo sucedido. Por el momento el señor Graham no podría serle infiel a su mujer... Y como él sentía por aquella dama una gran veneración, le encantó el fracaso del banquero.

Sigrid quedó llorando en su camarote, no tanto por la hora de amor perdida, sino por lo que significaba el no tener ya la protección, la caja abierta del banquero

multimillonario... ¡Oh, y todo por culpa de aquel idiota de Greer! ¡Las ganas que tenía de vengarse!

\*\*\*

Sin novedad alguna, con la tranquilidad de una ciudad pacífica donde todo el mundo se respetaba, seguía el viaje del gran trasatlántico... Ya se acercaban a Europa, y pronto se dispersaría aquella multitud condenada ahora a vivir en común, sin poder escapar.

Al día siguiente, en la imprenta del barco, se trabajaba febrilmente para preparar el periódico que salía todas las mañanas y en el que aparecían las recientes noticias del mundo entero.

Uno de los mayordomos se acercó al encargado de la imprenta y le dijo:

—¿Qué hay de nuevo? ¿Cuándo sale el periódico?... El pasaje está ya esperando. ¿Qué cuenta?

—Poca cosa... Estamos tirando los últimos ejemplares.

—¿Nada sensacional? ...

—¡Tonterías!... Mira una noticia: "Esposa invade nido de amor. Ciega celos mata tres mujeres. Marido escapa chimenea."

—¡Grandísimo cobarde!

—Otra noticia. "La casa de banca Graham de Nueva York quiebra por veinte millones de dólares."

—¡Caramba! ¡Eso es más grave!

—Graham viene a bordo, ¿no?

—Sí. Lo mejor de lo peor viaja en el barco... Bueno, hasta luego... Voy a decir a los muchachos que se preparen para repartir el diario.

Media hora después, los "grooms" deslizaban por debajo de la puerta de los camarotes el pequeño y bien nutrido periódico de a bordo.

El señor Graham, que acababa de levantarse de malísimo humor, desdobló el diario e inmediatamente una noticia en grandes titulares vino a conmoverle.

*La Banca Graham quiebra por veinte millones de dólares.*

*Henry D. Graham, presidente de dicha entidad, se encuentra ca-*



*mino de Europa. La agitación producida en los círculos financieros es extraordinaria.*

Graham arrugó con rabia el papel. Sin embargo, no podía sorprenderle la verdad. Sabía que de un momento a otro la casa de banca iba a hacer un terrible "crak". Por eso él, en previsión de los acontecimientos que se avecinaban de modo fatal a causa de desdichadas especulaciones de Bolsa, había tomado pasaje para Europa, llevándose una importantísima cantidad de valores. Salvaría este capital y no volvería más a los Estados Unidos. ¿Qué le importaba que se arruinaran los otros?

Pero la seguridad de que ya la Banca se había hundido, el ver su nombre unido a la palabra quiebra, le causó una dolorosa impresión, y fumó más nervioso que de costumbre su cigarrillo.

Sumido en amargos pensamientos, vió al cabo de pocos instantes entrar a su esposa. Vestí un elegante "saut de lit" y estaba más pálida y triste que de ordinario. En sus manos tenía también un pe-

riódico... Seguramente conocía la noticia.

Graham, disimulando su turbación, le dijo:

—¡Buenos días! ¿Dormiste bien?

—¡Muy bien, gracias!

E interrumpiéndose unos momentos, agregó:

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Qué quieres decir?

—Lo sé todo. La Banca ha quebrado.

—Sí, desgraciadamente, pero, ¿qué puedes tú hacer por mí?

—Poca cosa, es cierto—contestó con nobleza—. Sé cómo debes sufrir, Henry. Pero el dinero que yo tengo, mi fortuna particular está a tu disposición, si la quieres.

Contempló maravillado a su esposa.

—¿A pesar de todo?—exclamó recordando sus infidelidades, su ingratitud con la abnegada Kay.

—¡A pesar de todo!—respondió la noble mujer que ante la grave situación financiera del marido olvidaba todas las ofensas y rencores para pensar solamente en salvarle.

Graham la besó conmovido.

—Te lo agradezco en el alma, querida Kay, pero te aseguro que nadie nos molestará. ¡Nada temas!

—¡Dispón de mí!

Y ella volvió a su cuarto y Graham sintió en el alma la voz del remordimiento que le exigía cuentas por haber sido infiel con mujer tan digna, tan noble, tan superior...

\* \* \*

El óptico Kramer acababa de leer también la noticia de la quiebra de la Banca Graham. Tuvo que releer varias veces aquel suelto, breve y cruel como una cuchillada.

¡Dios mío! ¡Qué gran desgracia! El destino venía a herirle en pleno descuido cuando más seguros creía él sus intereses, cuando pensaba pasar unas semanas de tranquila vacación.

¡Arruinado! ¡Todos sus ahorros, todo el fruto de su vejez, de

sus sacrificios, de sus renunciaciones, de sus amarguras, todo perdido en uno de esos vaivenes de la Banca!

Lloró en silencio, viéndose en la ruina, pensando que tendría que volver a reconstituir el edificio de su existencia. ¡Y eso ya no podría ser! Era viejo, estaba muy decaído, no tendría fuerzas suficientes...

¿Qué iba a ser de él y de su hija, la adorable Judy que vivía en una ignorancia feliz? ¡Ah, era preciso ocultarle la noticia! ¿Cómo arrancarle de cuajo aquella felicidad de ensueño que vivía?

Procurando serenarse, arrugando el diario entre sus manos temblorosas, el pobre hombre, aquel gran corazón paternal, entró en el cuarto de su hija.

Judy se hallaba sentada en el lecho y al ver a su padre sonrió, cruzando los brazos en actitud de cómico enfado.

—¡Bien, señor Kramer, bien! ¿Son éstas sus costumbres habituales?

—¿Qué costumbres, Judy?

—Entrar en la habitación de una señorita tan temprano y sin



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

llamar. ¿Qué me dice usted, señor Kramer?

El óptico intentó sonreír y dijo:

—¡Perdona, Judy! ¡Buenos días!

—¡Buenos días, papá!... Apenas si dormí anoche. ¡Soy tan feliz que me parece estar soñando! ¡Hemos de disfrutar tanto!... Iremos a París, Berlín, Londres... Será tan interesante, ¿verdad, papá?

—¡Sí... sí!...

Y el viejo sentía deseos de llorar, de arrodillarse a los pies de su hija y pedirle perdón por aquella farsa que estaba viviendo. Ya no podrían a ir a ninguna de aquellas ciudades, tal vez no tuviesen ni dinero para el pasaje de vuelta y tendrían que mendigar... Y el pobre hombre miraba la ventana que daba al mar y sentía súbitas tentaciones de echarse abajo.

La nena, sin poder sospechar ni por asomo lo que le ocurría a papá, preguntó:

—¿Has tomado el desayuno?

—¡No! ¡Aun no!

—Bueno, lo tomarás conmi-

go... Hoy voy a realizar la ambición de mi vida. Me siento más contenta que nunca... Desayunaré en la cama... Llama al camarero... Hoy me hago servir.

—¡Bien! ¡Bien!

Tocó el timbre.

¡Qué contrastes tiene la vida! ¡Su hija, más feliz hoy que nunca, cuando la ruina se había cernido sobre ellos como una inmensa ave fatal!

—¿Qué quieres desayunar, Judy?—dijo haciendo sobrehumanos esfuerzos por disimular su inquietud.

—Hoy voy a vivir como una princesa aunque lo pase mal el resto de mi vida. Vas a ver. Primero fresas... No es el tiempo y son carísimas. ¿Es demasiado gasto, papá?

—No, Judy.

—Después tostadas Melba. ¡Son tan ricas!... Y café au lait, que es café con leche, señor Kramer.

Entró el camarero.

—¡Buenos días!

—El desayuno. ¡Sírvale aquí!—dijo Kramer con la actitud abatida



... quedaban lejos los últimos edificios...



Camarotes de Iajo

—¿Verdad, Graham, que volveremos a ser amigos?

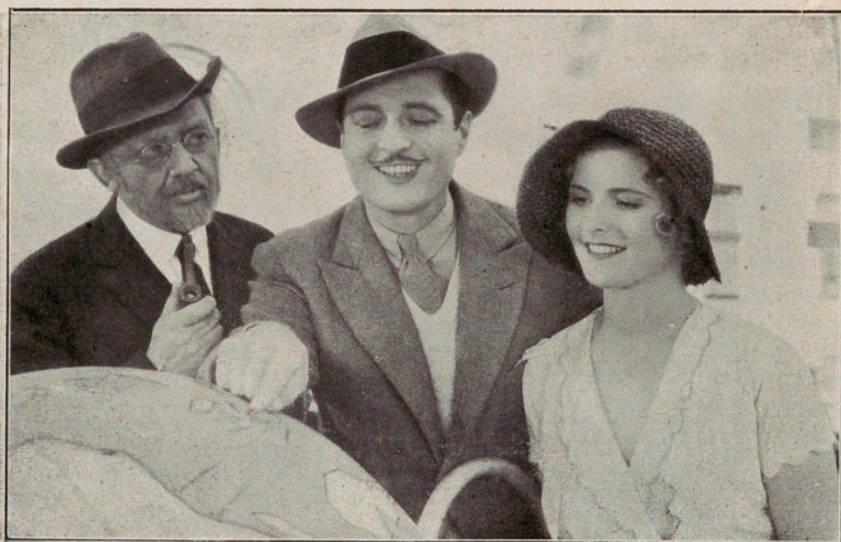




— Debe usted comer, señor...



Recordó los días venturosos que había pasado junto a ella...



Greer no se quedaba nunca atrás...



— Voy a subir y veré a mi padre.





—¿Cómo me has conocido?



—Iré contigo, Kay...

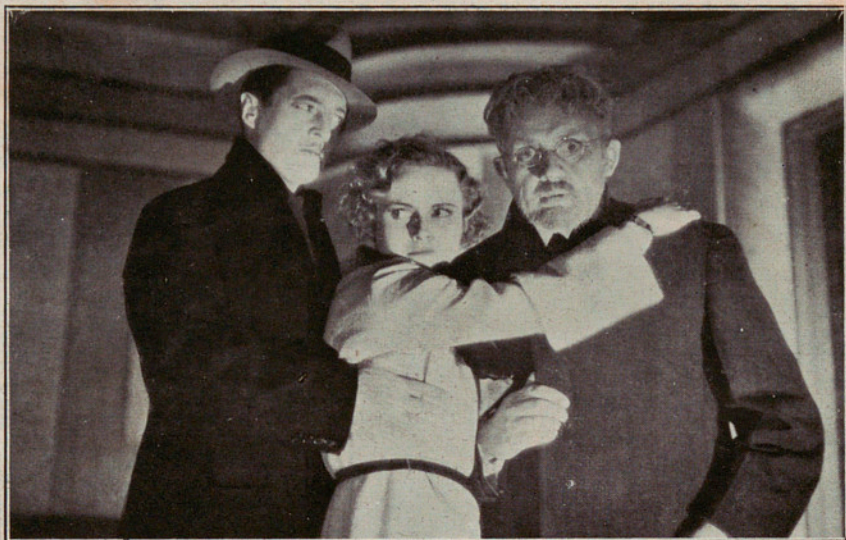


... bailaba una danza incitante...

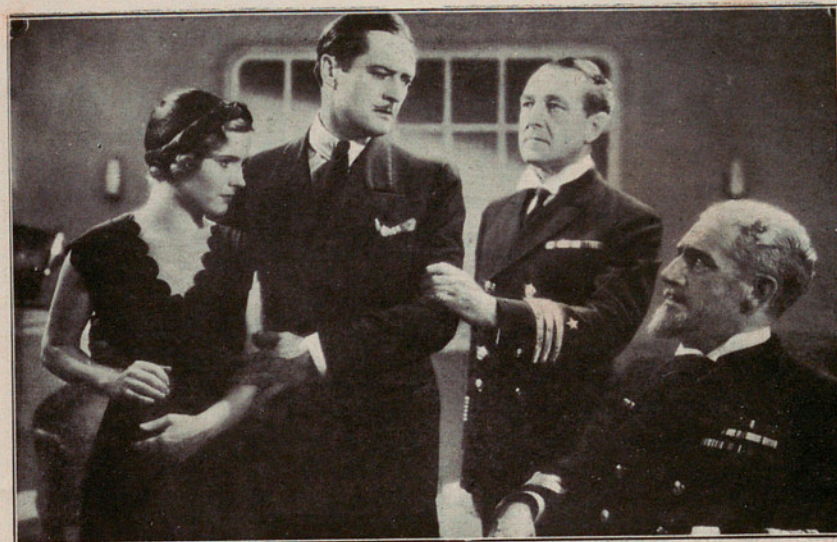


... dándose cuenta de todo lo que había sucedido.





— Llévelo a su cuarto en seguida...



— ... será necesario ordenar su prisión hasta llegar a puerto.



— ... se ha atentado contra la vida de un compañero de viaje...



— ¿Dónde tienes el revólver?





— ¡Juro que voy a matarle!



... asíéndole fuertemente por el cuello...

## C A M A R O T E S D E L U J O

del hombre cuyo verdadero pensamiento se halla muy lejos de allí.

— ¡Muy bien! ¿Qué desean?

— ¿Tienen aquí fresas del tiempo?

— Sí, señor.

— Con crema, ¿eh?—advirtió Judy desde el lecho.

— Está bien.

— ¿Pediste también pan, Judy?

— agregó el padre.

— No... Tostadas Melba.

— Eso... Y traerán también café...

— Au lait—dijo Judy.

— Au lait—repitió el padre—. Que es café con leche.

— ¡Muy bien!—dijo el criado sin poder apenas aguantar su risa—. ¿Desea algo más, señor?

— No... Yo tomaré del café de Judy.

— Perfectamente. ¿Quiere usted leer el periódico, señor?

Kramer se estremeció.

— No, gracias. Ya tengo uno.

El camarero volvió a los pocos momentos con el servicio pedido, al que Judy hizo cumplidamente los honores mientras, en cambio, su padre no probaba bocado.

— Pero, ¿qué te ocurre, papá?

— Nada... No me apetece hoy nada...

Y con un sobrehumano esfuerzo procuró sonreír, cosa más difícil que comer, y ocultó por el momento a la ingenua Judy la fatídica noticia de que estaban arruinados.

\*\*\*

El camarero Hodgkins entró el periódico en el camarote de Monte Greer.

Con su locuacidad habitual que no se daba nunca por vencida, el mozo le dijo:

— Buenos días, señor. Aquí estoy a la orden de usted con las noticias del día.

— ¡Muy buenas, Hodgkins! ¿Qué ocurre de nuevo?

— El diario trae algo muy interesante. La casa de Banca Graham quebró por la cantidad de veinte millones de dólares.

— ¿De veras?

Inquieto pensó en la señora Graham y en la dulce Judy. ¡Cómo



deberían estar sufriendo las dos mujeres! La una, por ser la compañera de aquel hombre ingrato y ahora arruinado; la otra porque su padre tenía todos sus ahorros en aquel establecimiento bancario...

—Sí, señor... Usted no debe tener dinero en ese banco, ¿verdad? —le preguntó el camarero.

—No, Hodgkins. Yo siempre retiro de los bancos, pero jamás ingreso en ninguno.

—¡Hace bien!... ¡Ah, es una maravilla el saber noticias de todo el mundo! Aquí estamos lejos de todas partes del Universo pero sin perder contacto con el mundo entero. Como le digo siempre a mi mujer. Un barco es una ciudad. Tiempo y distancia son relativos, que dijo el señor Einstein tan sabiamente. No hay hombre por sí ni en la vida ni en la muerte. Pertenece a una gran hermandad y ¿quién puede juzgar a nadie?... Sería uno un loco, señor... Como dice siempre mi autor favorito: Hay tanto mal en nuestra maldad y tanto bien en nuestra bondad,

que es mejor que nadie se ocupe del prójimo, señor, porque...

Pero se interrumpió al ver que sus conceptos filosóficos no eran escuchados por nadie.

Greer, sin poder resistir por más tiempo sus pesadas explicaciones, había salido de puntillas de la estancia. Que las paredes se las entendiesen con el amigo.

Al principio quedó Hodgkins un poco picado, pero pronto le pasó su disgusto...

Cuando volviese a ver al señor Greer le acabaría de contar su modo de pensar... Seguro que aquella vez no se marcharía...

\* \* \*

Kramer, desesperado, aniquilado por el golpe frío e impasible del destino, se dirigió, horas después, al camarote del señor Graham con el deseo de hablarle de aquella ruina, de pedirle consejo, de preguntarle si todo estaba, pues, definitivamente perdido.

Llamó tímidamente a la puerta

y una voz fuerte y ruda le autorizó para entrar.

Sentado ante una mesa se encontraba el señor Graham, quien al verle se levantó y frunció el ceño.

—¿Qué?... ¿Qué desea usted? —le dijo con violencia.

—¿No me recuerda, señor Graham?—contestó temblando—. Soy uno de sus clientes.

Graham le reconoció en el acto; había hablado con aquel hombre el día anterior.

Pero ahora no le convenía darse por enterado y prefería negarse a cuanto tuviera relación con el desdichado asunto de la Banca.

—¡Perdone, pero no le conozco a usted!—contestó.

—Mi nombre es Kramer... Anoche estuvimos juntos, señor Graham.

Con inaudita desfachatez el banquero contestó:

—Amigo señor Kramer, en el curso de mi vida de negocios encuentro mucha gente y me es imposible recordarlos a todos.

—Sí, señor Graham—añadió el viejo sintiendo deseos de llorar—. Pero mis ahorros...

—Querido señor Kramer, el hombre que ahorra es el que vence al fin... ¿Quiere un cigarrillo? —le dijo con una tranquilidad pasmosa.

—No... no... Pero su Banca, señor Graham, quebró, y yo...

—¡Bah! El fracaso estimula a veces, señor Kramer... Aunque sea algo amargo.

—Pero a mi edad, señor Graham...

—Edad, amigo mío, es el estado mental de uno.

Era tan sarcástica la actitud del banquero que Kramer creía estar soñando. Pero hombre débil por temperamento, incapaz de saber defenderse, se limitó a decir:

—Señor Graham, yo sólo quiero saber qué es lo que piensa usted hacer.

—¡Ah! ¿Quiere saberlo? Pues bien... Voy a complimentar sus deseos.

Abrió la puerta y llamó al camarero.

—Ahora verá usted lo que pienso hacer. ¿Cómo se atreve usted a entrar en mi camarote haciéndose insoportable?



—Señor Graham...

Entró el camarero.

—¿Llamó usted, señor?

—Sí. Oiga... Llévase a este caballero y cuide de que no me moleste más.

—¡Señor!—dijo el criado inclinandose.

Kramer, arrastrando los pies, salió del camarote. Pero antes lanzó una mirada de odio mortal, implacable, contra aquel hombre que le había arruinado y no le daba siquiera la posibilidad de una esperanza, de un consuelo, sino que le echaba de su lado como una cosa inútil y perjudicial.

\* \* \*

Greer había entrado en el camarote de Handsome y de sus cómplices. Les contempló con una altivez agresiva a la que ellos contestaron con no menos elocuente provocación.

Se adivinaban enemigos, rivales, y parecían desear exterminarse mutuamente.

Pero por el momento era preciso disimular, tantear las fuerzas enemigas para usar de las propias.

—¿Qué tal, muchachos?—les dijo iniciando una leve sonrisa.

—Bier, Greer... Se te agradece la visita—dijo Handsome.

—Siempre es agradable el verte.

—Lo mismo me pasa respecto de ti. ¿Quieres tomar café? Yo es ya la tercera taza. Te invito.

—Te agradezco la invitación... Pero me parece que andas preocupado... ¿Qué te pasa?

—¿Sabes que la casa Graham ha quebrado?

—Acabo de enterarme.

—Ha quebrado la Banca, pero no Graham, ¿entiendes?... Graham lleva con él una gran suma de valores personales que cree poder salvar.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que me eche a llorar?—contestó Greer.

—Te pedí un día que me dejaras el campo libre.

—¿Y no lo dejé?

—No... Comienzas presentándote a la señora Graham y anoche

estuviste en el camarote del marido.

Greer sonrió. ¡Maldita gente! ¿Cómo le estaban espiando sus pasos!

—¿Y qué? ¿Hay algo más?—dijo paseando su mirada por aquellos cuatro hombres en cuyos rostros la maldad había hecho notables estragos.

—Nada más. Ya terminé de hablar—respondió en tono amenazador.

—¿Terminaste de hablar? ¡Ah, ya sé lo que quieres decir con eso, Handsome! Pero te advierto que algún día vas a terminar de hablar de veras. Y quizás esté yo delante... ¡Hasta luego!

Y se alejó con una arrogante mirada de desafío, dispuesto a tener siempre a raya a aquellos cuatro individuos que usaban de la cobardía y la traición como armas favoritas.

\* \* \*

Judy había leído en el periódico la noticia de la quiebra de la Ban-

ca Graham. Disgustada, más que por el hecho en sí, por el dolor de papá, corrió a hablar con él y aun intentó consolarle y fortalecer su decaído espíritu.

A ella no le asustaba la ruina. Era joven, optimista y no se daba verdadera cuenta de la importancia de las cosas, de lo que significaba perder en un momento dado los ahorros de toda una vida, acumulados moneda por moneda con el trabajo del propio sudor, nada más que con el esfuerzo de la inteligencia...

Procuró animar a papá, pero no consiguió que éste, hombre de experiencia, que sabía lo difícil y costoso que es volver a empezar, se tranquilizara, despertara de aquella brusca modorra en que parecía haber caído.

Kramer había marchado poco antes con el deseo de hablar con el señor Graham.

Ahora le vio aparecer por el corredor, nervioso, envejecido, cabizbajo, con los ojos húmedos y apagados.

—Pero, papá... ¡Te he esperado tanto! ¿Dónde estuviste?



—Por ahí, dando vueltas... Hay mucha niebla... mucha niebla...

—¿Y ya has visto al señor Graham?

—Sí.

—¿Y qué?

—No se acuerda de mí... Con toda la gente que trata en su vida de negocios no es posible que se acuerde de un hombre como yo... Y le dijo al camarero que me echase.

—¡Qué infame!

—¡Malvado!

—¡Vamos, papá!... No te aflijas... Tengamos paciencia.

—La he tenido veintiocho años, pero ya no la puedo tener.

—¡Animo! ¡Quién sabe! Aun pueden arreglarse las cosas... ¿No ves lo tranquila que yo estoy? Haz lo mismo... No es posible que Dios permita tu ruina total.

—¡No sé, hija mía, no sé!... ¡Es tan doloroso e inesperado todo esto!

Y entró en la habitación, mientras Judy, que sentía íntimas ganas de llorar, iba a cubierta a respirar un poco el aire de la noche.

¡Ah, era terrible lo que le esta-

ba ocurriendo a papá! Ella había querido mostrarse fuerte y tranquila ante su padre, pero lo cierto es que en su corazón había también una gran amargura.

¡Arruinados! ¡Pobres! Y el espectáculo de esta riqueza actual, de este barco de lujo, le causaba una pena íntima, inmensa. Tener que dejarlo todo, que vivir pobres, miserables, teniendo que volver a empezar...

Tal vez papá no pudiese resistir ese cambio de situación... ¡Era tan viejo, y el corazón de los viejos es tan débil!

Dios grande, ¡qué amargura! Y sentía una gran tristeza interior y un anhelo de comunicar a alguien sus penas...

Cuando viese a Greer se las explicaría, Greer, que era un hombre que le inspiraba inmensa confianza y un sentimiento que ella no había sentido nunca, pero que daba a su alma una deliciosa felicidad...

\* \* \*

La bella Sigrid, la bailarina sueca, daba una fiesta en su camarote.

Había invitado a diferentes amistades, y al son de una magnífica radio que captaba las más importantes emisoras del mundo, bailaba alegremente una danza incitante y perversa que en la mente de algunos caballeros de todas edades ponía pensamientos pecaminosos.

Después de bailar, y mientras las parejas se entregaban a las delicias de un tango, Sigrid salió un momento al corredor con el deseo de preguntar por Graham, pues quería invitarle a la fiesta, pensando que de este modo le desagraría.

Recorrió varias veces las cubiertas y por fin y cuando ya desesperaba de encontrarle, lo vió por uno de los corredores.

Avanzó hacia él y le dijo con la más exquisita de las amabilidades:

—Te he buscado por todas partes, cielo mío... No te vi en todo el día. ¿Dónde estuviste?

—Tuve que hacer—replicó ofendido y dispuesto a romper para siempre con aquella gran casquivana.

—No estarás disgustado por lo

de ayer, ¿verdad? Al fin y al cabo no tiene importancia.

—¡No!

—Hay una fiesta esta noche en mi camarote, y quiero que vengas, Graham.

Vaciló el banquero, pero al cabo pudieron en él más la reflexión y el amor a su esposa.

—Lo siento, pero tengo un compromiso con mi... con mi mujer.

En aquel instante se acercó a ellos la señora Graham, quien contempló con tristeza a su marido y a la bailarina.

Graham se sentía turbado, pero Sigrid, mirando con desdeñosa altivez a la esposa, dijo:

—Creo que no tengo el gusto de conocer a esa... señora.

Kay, rechazando cuanto había de grosero en aquellas palabras, su mala y venenosa intención, se limitó a decir a su marido:

—Voy hacia allá, Henry... Los Morgan nos esperan.

—Iré contigo, Kay... Disculpenos usted—indicó a Sigrid; y ésta, muerta de rabia por su derrota, volvió a su camarote a reempre-



der con más viva alegría que nunca la fiesta.

El matrimonio Graham anduvo un trecho. Ella le contemplaba agradecida, con la alegría de que su marido hubiese vencido la tentación... De pronto el banquero se detuvo:

—Oye, comienza a ir tú... Di a los Morgan que voy en seguida... Sólo voy a redactar unos cables...

—Se lo diré.

—Gracias. No tardo.

Y besando religiosamente la mano de su esposa, se alejó...

\* \* \*

Por otro de los corredores, Judy encontró a Greer... Este, que cada vez sentía menos deseos de apoderarse de los valores de Graham, saludó a Judy y se dio cuenta de lo alterada que ella estaba.

—¡Miss Kramer!

—¡Oh, Greer! ¡Cuánto me alegro de encontrarle!

—Pues, ¿qué ocurre?

—¡Mi padre! ¡Mi padre!

—¿Qué le pasó?

—¿Se ha enterado usted de lo de la Banca Graham? Hemos perdido todo cuanto teníamos. Y papá está como loco.

—¡Pobre amiguita mía y pobre papá de usted! ¡Siento en el alma lo que les ocurre! ¡Ah, si yo pudiera salvarles!

—¿Usted cree que está todo perdido?

—Yo no entiendo de eso, pero me parece que no...

—Papá está desesperado. Habló con Graham, quien le echó de su camarote. ¿Quiere usted hablar con mi padre? ¿Quiere usted?

—Con mucho gusto.

—Intente tranquilizarlo. ¡Está tan amargado!

Se dirigieron al camarote, pero papá no se encontraba en él...

—¡Papá! ¡Papá!

—¡Cálmese, Judy!

—¡Quién sabe lo que puede hacer! ¡Estoy tan asustada! ¿Dónde estará?

Volvieron a salir al corredor e instantes después escucharon la seca detonación de un disparo.

Judy quedó horrorizada, tembándole las piernas, casi sin poder andar.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Por Dios, Judy! ¡No se alarme!

—¿Qué habrá sido eso? ¡Vayamos al cuarto de Graham! ¡Pronto! ¡Pronto!

Bajo el presentimiento de algo terrible se dirigieron al camarote del banquero. La puerta estaba sencillamente entornada. Entraron y un espectáculo cruel se presentó ante sus ojos.

El señor Graham estaba sentado en un sillón con la cabeza caída sobre una mesita, sin dar señales de vida.

Cerca de él, se encontraba Kramer, inmóvil, mirando fijamente con ojos de horror a aquel hombre. En medio de la estancia había una pistola.

Corrió Judy a abrazar a su padre, dándose cuenta de todo lo que había sucedido. Kramer había matado al banquero. En alguna violenta discusión, el pobre viejo habría cegado disparando contra Graham.

—¡Papá! ¡Papá!

Kramer no respondía, parecía haber perdido el don de la palabra. Un convulsivo temblor estremecía sus manos y estaba pálido como la cera.

También creyó comprender Greer lo ocurrido. El óptico, en un arrebato de indignación, de locura, había disparado contra el financiero.

Greer era un hombre sereno que no perdía su tranquilidad ni aun en las circunstancias más difíciles. Era preciso obrar con rapidez y salvar al padre de Judy.

Se acercó a ésta y le dijo:

—Llévelo a su cuarto en seguida... Y no le deje solo un minuto... ¡Ande de prisa, ande!... Por fortuna parece que nadie más ha oído el tiro...

Abrazando a papá, mirando los dos a Graham, Judy y Kramer salieron... El óptico tenía la vaga expresión de un demente. Las fuentes de la razón parecían cegarse al choque brutal de los acontecimientos.

Al quedar solo, Greer cogió con un pañuelo el arma y vió que tenía



una cápsula vacía... Procuró limpiar la pistola de toda huella digital que pudiera comprometer a Kramer... Le parecía que el banquero estaba muerto.

Se acercó a Graham y puso el arma entre sus manos a fin de dar a la policía la sensación de un suicidio.

En aquel instante llamaron a la puerta. Disimulando la voz, Greer preguntó:

—¿Quién es?

—Un radiograma para el señor Graham.

—Tírelo por debajo de la puerta.

El camarero obedeció, y Greer se dispuso a continuar su operación para librar a Kramer de toda sospecha.

Cogió un cordoncillo y lo ató a uno de los dedos de Graham. Después fué desenrollando el bramante hasta arrojarlo por el hueco de una ventaba que daba al corredor.

Procurando no dejar huella alguna de su paso, salió del camarote y cerró la puerta con llave. Se subió a una silla y a través de la ventana hizo deslizar la llave por

el cordoncillo hasta caer el llavín en la misma mesa donde estaba Graham. Luego de un fuerte tirón arracó el bramante y lo guardó cuidadosamente.

De esta manera todo el mundo iba a creer que Graham había cerrado por dentro la puerta y que se había suicidado.

Pero alguien había visto a Greer encaramado en la silla. Era Sigríd que contempló estupefacta lo que su antiguo amigo hacía. Greer se dio cuenta de aquel espionaje y sin querer dar explicación alguna huyó rápidamente.

\* \* \*

Poco después era descubierto el crimen al entrar la señora Graham por la puerta que separaba su cuarto del de su marido y ver a éste inmóvil sobre la mesa.

Pidió socorro... Acudió gente, la oficialidad, numerosos pasajeros. El médico diagnosticó que el banquero estaba gravemente herido, sin conocimiento, con evidente pe-

ligro de muerte. No podía responder de si se salvaría o no; la herida era gravísima.

La noticia del crimen, pues a pesar de las medidas de Greer fué desechada la idea del suicidio a causa de la trayectoria de la bala, se esparció por todo el barco causando enorme sensación.

La señora Graham no perdió la serenidad. Sin moverse del lado de su marido, que había sido trasladado a la enfermería, se mantenía tranquila, sin derramar lágrimas, con un dolor íntimo que tenía la delicadeza de ocultar en su corazón.

Inmediatamente, uno de los oficiales comenzó la instrucción del sumario acerca del crimen. Graham no podía declarar, pues seguía sin sentido. Pero prestaron declaración otras personas, entre ellos el camarero encargado del servicio del señor Graham, quien dió cuenta de la violenta escena desarrollada entre el banquero y Kramer, seguida de la expulsión de éste.

Pensaron en seguida en una venganza, en que el óptico, desesperado,

hubiese intentado acabar con la vida de Graham...

En el despacho del capitán, a presencia de éste y del oficial instructor, continuaron desfilando los testigos.

Judy, viendo recaer una grave amenaza sobre su padre, suplicaba tiernamente piedad.

Ella no sabía nada, nada... y en cuanto a papá, estaba seguro de que era inocente.

—Yo sé bien que mi padre no fué... ¡Lo sé bien!... ¡Lo sé bien!

—Siento de veras que se disguste, señorita. Créalo... Pero la ley es la ley y hay que buscar la verdad donde se encuentre.

—Pero mi padre...

—Si su padre es inocente, nada debe de temer... Ahora tenga la bondad de retirarse.

Marchó Judy llorando amargamente y a poco entró el señor Kramer, pálido, los ojos bajos, la actitud triste y abatida del verdadero responsable. Esta fué la idea de cuantos le vieron.

—¿Ha visto usted antes esta pistola, señor Kramer?

Y le mostró la que habían encon-



trado en el cuarto de Graham. Pero el óptico nada dijo, pues el terror de aquellas anteriores escenas había paralizado su lengua.

—El señor Kramer se niega a declarar. Tome nota — advirtió el capitán al juez instructor.

Entró momentos después la señora Graham, quien digna y serena contó que a medianoche, al regresar de la fiesta de los Morgan, y al abrir la puerta intermedia de la habitación de su marido, había encontrado a éste al parecer sin vida y desplomado sobre la mesa.

—¿Tiene usted sospechas de alguien?

—No, señor.

—¡Bien! Gracias por sus informes, señora Graham... ¿Y cómo sigue su marido de usted?

—Igual.

—Celebraré su mejoría.

—Gracias.

Y tristemente abandonó el despacho, dejando a su paso una oleada de admiración y respeto.

A continuación declaró Sigrid, la bailarina sueca, que deseaba esclarecer la verdad no tanto por simpatía al banquero como por de-

seos de vengarse de Greer al que odiaba con toda su alma, pues debido a su imprudente intervención, ella había perdido, tal vez de una manera irremediable, la protección de Graham.

—Cuando subía la escalera vi un hombre en la puerta del camarote del señor Graham.

—¿Y lo reconoció usted?

—Sí, señor.

—¿Quién era?

—El señor Greer.

—¿Está usted segura?

—Palabra de honor.

—¡Bien! ¡Gracias! Puede usted retirarse.

El capitán cambió unas breves impresiones con su segundo. La declaración de Sigrid era importantísima. Entonces, además de sospechar de Kramer, intervenía otra persona en primer plano de responsabilidad: Greer... ¿Sería éste el culpable?

Le llamaron a declarar y Greer, enfurecido por las acusaciones de Sigrid, que comprendía encerraban un torpe propósito de venganza, tuvo la suficiente serenidad para

negar en absoluto cuanto ella había afirmado.

—Es completamente falso. Yo no estuve en el cuarto de Graham. No sé nada de ello, capitán. No sé nada de ello...

—Gracias, señor Greer... Por hoy nada más. Buenas noches.

Y Greer se alejó, dejando al capitán y al oficial que estudiasen las declaraciones de los testigos para esclarecer la verdad del misterioso suceso.

\* \* \*

Al día siguiente fueron llamados varios testigos al despacho del capitán: Kramer, su hija, Sigrid y Greer... La bailarina daba de vez en cuando miradas irónicas a Greer que le volvía la cabeza con profundo desprecio. En cambio él se ocupaba de Judy que seguía inconsolable junto a papá, el cual se mantenía en la misma actitud pasiva del hombre vencido y roto por las circunstancias.

El oficial instructor tomó la palabra y dijo con voz enérgica:

—El capitán deplora el citarles para este acto de investigación, pero se ha atentado contra la vida de un compañero de viaje y se impone descubrir la verdad. Con datos evidentes en nuestro poder y muy fundados razonamientos, el capitán cree necesario ordenar la prisión del señor Kramer, hasta llegar a puerto.

Ni un músculo de Kramer se contrajo. Seguía alelado, como fuera de la realidad.

—Pero, capitán, mi padre no es culpable... ¡No puede serlo!...— clamaba Judy con desesperación.

—Entiendo que se trata de un suicidio, capitán—dijo Greer acariciando a Judy y adelantándose hacia el jefe de la nave.

—Eso creímos al principio, pero pronto vimos nuestra equivocación. Además, hay hechos que evidencian la seguridad de un crimen.

—¿Cuáles?

—El robo. Una gran suma de dinero y documentos ha desaparecido.

—¿Pero es posible que ustedes crean que el señor Kramer...?

—Nosotros no creemos nada.



Nosotros indicamos los hechos... Y siento tener que decirle, señor Greer, que también será necesario ordenar su prisión hasta llegar a puerto.

—Pero ¿por qué motivo?

—No tenemos por qué explicárselo ahora. De sus declaraciones se deduce nuestra actitud.

Bien comprendió Greer por qué le detenían y miró furioso a Sigrid. Ella había declarado que él estuvo en el cuarto de Graham... La artista rehuyó su contemplación y se alejó sonriente con el aire satisfecho de una diosa que ha conocido el placer de la venganza.

Greer no intentó defenderse, y después de estrechar afectuosamente las manos de Judy y de infundirle valor y asegurar que creía en ella y en su padre, se dejó conducir en compañía de éste a la celda que les iba a servir de prisión.

¡De bonito modo iba a terminar la travesía!... ¡Ah, pero que se fuesen con cuidado! Pues Greer tenía corazón de águila, y las águilas viven en las cumbres donde el aire dice de bravía libertad.

\* \* \*

Llevaban varias horas encerrados. Greer, aunque había intentado hacer hablar a Kramer, para pedirle que le contase lo ocurrido en el cuarto de Graham, no lo había podido conseguir. Se mantenía en su reserva, en su inmutabilidad. La emoción de lo pasado parecía haber roto su imaginación y su voz...

Sin embargo, Greer estaba ahora seguro de la inocencia del óptico. Al principio dudó, atribuyendo el acto realizado a una venganza, a una exasperación producida por la ruina, seguida del insolente desprecio del banquero. Pero la noticia de aquel robo, la desaparición de los valores, indicaba que había sido otro el móvil del asesinato. Kramer era incapaz de robar, y así el atentado no podía atribuirse más que a Handsome y su banda...

¡Oh! ¿Por qué no vió antes claramente las cosas? Eran ellos, ellos, los que habían robado el dinero, y sorprendidos por Graham, no habían vacilado en darle la

muerte... ¡Miserables! Amén de haberle ganado la partida, habrían manchado su aventura con sangre, cosa a la que jamás Greer en su vida intentó recurrir. Sus manos estaban limpias.

¡Qué deseos tenía de que se esclareciese toda la verdad, de castigar a los culpables!

En estas horas de detención, de encierro, comenzaba a sentir el anhelo y el placer de la honradez.

Su pasado le acusaba y sentía que toda su vida futura tendría que pagar las consecuencias de sus actos anteriores... ¡Ah, quién sabe si de haber conocido muchos años antes una mujer como Judy, tan buena, tan pura, no hubiese él llevado otros derroteros! O una criatura como la señora de Graham. ¡Si la hubiera conocido de soltera! Pero ella era para él sagrada, una cosa digna sólo de espiritual veneración...

¡Amargo sino el suyo! Ni en una ni en otra podría pensar nunca. Las cadenas de su pasado le ataban, el abismo de su día de ayer le separaba de esas mujeres puras, cuyo amor sería la verdadera feli-

cidad, no el cariño tempestuoso, ligero y exclusivamente sensual de las criaturas a la usanza de Sigrid.

En tales meditaciones se encontraba cuando entró en la celda el jocoso camarero Hodgkins con una bandeja de plata en la que llevaba la comida.

—Aquí estoy, señor, y siempre a sus órdenes.

Greer se echó a reír contagiado del optimismo y la alegría de aquel buen mozo.

—¡Eres grande, Hodgkins!

—¿Están ustedes bien, señores?

—¡Oh, sí! Muy bien. Mucho...

—Traigo una comida que resuscita a un muerto, señor. Mire: truchas, riñones salteados, biscuit glacé y una copa de ron.

—Bien, Hodgkins, comamos, que dijo el profeta... ¿Y cómo está el tiempo afuera?

—Algo desenvuelto, señor. Es muy fácil que tengamos tormenta, señor.

—¡A mí me da lo mismo!

—¡Ah, esa es mi filosofía, señor! Un barco es como una ciudad. No siempre se viaja igual. Hay buen tiempo y calma, y otras



veces hay mar de fondo, y el que toma la amargura con dulzura es quien hace el viaje más feliz...

Esta vez Greer no pudo escapar de los conceptos filosóficos del camarero y aguantó a que terminase.

—¡Cómo confortas el alma, Hodgkins!—le dijo al cabo riendo—. Eres como San Cristóbal. Pero mira: ahí en el corredor te aguarda el oficial. No pierdas tiempo.

—¡Bien dicho, señor! ¡Hasta luego, señor!

—¡Adiós!

Hodgkins se fijó en el señor Kramer que se hallaba sentado en un rincón de la celda.

—Muy buenas, señor Kramer...

Pero el óptico no respondió.

—¡Adiós, señor Greer!—y agregó en voz baja—: Si necesita usted algo, no importa qué, no dejaré de avisarme.

Greer le hizo una seña.

—Cuenta ya con mi gratitud, Hodgkins. Gracias.

—¡Volveré a la noche!

—¡Bien!

Salió Hodgkins deseoso de poder colaborar en la fuga del sim-

pático señor Greer. Estaba convencido de que era inocente y no le parecía ni medio bien que le tuviesen encerradito como un criminal. Ya se ingeniaría él todo lo posible para facilitarle la fuga.

Greer, muy animado, se acercó a Kramer y le dió unos golpecitos en la espalda.

—No medite más, señor Kramer... Sé que usted no fué. Estoy seguro de ello. Vamos, hable... No esté tan reconcentrado. Va a acabar por ponerse enfermo.

Por fin, el viejo abrió los ojos, miró de frente a su compañero de prisión y le dijo lentamente:

—¡Yo no fuí! ¡No fuí! Es cierto. Tenía la intención de matarle... Pero cuando entré en su cuarto, ya Graham estaba como muerto. Alguien se adelantó... Yo no fuí... Lo juro.

—¡Cálmese, señor Kramer! Yo descubriré a los culpables. ¡Me interesa tanto como a usted! Los dos estamos siendo víctimas de una infundada sospecha y hay que aclarar la verdad.

—Gracias por sus palabras, Greer. ¿Ve? Ya me encuentro me-

jor. He estado todos esos días como en un sueño. ¿Y Judy? ¿Y mi Judy?

—Se encuentra bien. Pronto estará usted con ella. Su hija es adorable.

Y hablando de Judy, el señor Kramer y el aventurero Greer pasaron el tiempo sin darse apenas cuenta...

\* \* \*

Como todas las noches, había grandes fiestas en el salón del hotel. Una nutrida orquesta de jazz-band tocaba sin parar. Sigrid, alegre y divertida, alocada siempre, había empuñado una batuta y dirigía a los músicos que tocaban desenfrenadamente ante aquella bella mujer que les miraba con sus ojos cargados de ensueño voluptuoso.

Después, fatigada por el esfuerzo realizado, se sentó a una de las mesas en compañía de un caballero inglés que regresaba a su patria, hombre cargado de millones y en quien Sigrid había visto una

mina por explotar. Ya no se acordaba ella de Graham que gemía en la enfermería, luchando entre la vida y la muerte, ni de Greer, preso en la bodega del barco... Aquel era un asunto liquidado... Se imponía ahora ir a buscar nuevos tesoros, dar amor a cambio de dinero y de joyas...

El inglés, hombre inexperto en cuestiones de amor, se sentía seducido por las gracias de la sueca y estaba dispuesto a ser generoso con ella siempre que Sigrid prometiese una reciprocidad.

Entretanto Hodgkins se presentaba de nuevo en el calabozo.

—Aquí estoy, señor... —dijo riendo—. Le advierto que hace una noche malísima.

—Bien... bien... Hodgkins. Ya te daba por perdido.

—Sí, debí venir antes. Tuve que echarle el guante a este pastel de frambuesa para usted y este caba-  
llero.

—¿Frambuesa?—dijo Greer.

—Sí, señor... ¡Y aquí está! ¡Una tentación!

—Gracias, Hodgkins, pero no me gustan las frambuesas.



—Pues debe hacer por que le gusten — contestó, sonriente —. Creo de veras que no hay nada que inspire tanto como un pastel de frambuesa... No lo olvide... Yo más de una vez encontré solución a mis problemas en un pastel de frambuesa.

Y acompañó sus palabras, que no podían ser más explícitas a causa de que junto a la puerta había un guardián, de un guiño picaresco.

Inmediatamente Greer comprendió, y cogió el plato.

—Muchas gracias, amigo. Se te agradecen tus consejos.

—Y que le aprovechen.

—No faltaba más.

Salió muy satisfecho, y a poco, Greer encontró entre la frambuesa una llave que abría perfectamente la celda.

—¡No se mueva usted! ¡Voy a salir!—le dijo a Kramer—. Voy a ver si encuentro al asesino.

—Le detendrán a usted... Es muy expuesto. Le van a castigar más.

—No tenga cuidado... Verá cómo

me le atrapo. Y cómo cesa nuestra inaguantable situación.

Y procurando hacer el menor ruido posible, introdujo la llave en la cerradura, que giró suavemente y se alejó de la prisión...

¡Bravo por Hodgkins! Si salía con bien del asunto, le iba a hacer un gran regalo. Todo se lo merecía ese camarero por su lealtad y buen corazón. Hasta que le tolerasen sus charlas intempestivas.

\* \* \*

No se había equivocado Greer en sus suposiciones, pues era Handsome quien había entrado en el cuarto de Graham para robar los valores. Se hallaba enfrascado en dicha operación cuando le sorprendió la presencia de Graham, y Handsome vióse obligado a disparar contra él a fin de evitar ser descubierto.

Handsome, comprendiendo que antes de desembarcar en Europa iban los viajeros a ser registrados, dió los valores a Socker, uno

de sus cómplices y le ordenó que se escondiera en el cuarto de máquinas. De esta manera, al llegar a Europa saldría como si fuese un tripulante, un maquinista, y nadie en absoluto le molestaría.

—Ten cuidado, Socker—le había dicho—. Piensa que tú eres el que responde de esto.

—Descuida, querido.

Socker se dirigió a la sección de máquinas, mientras Handsome, contento de su estratagema y de que Greer estuviese preso bajo las sospechas de ser el responsable, paseaba por cubierta.

Greer se había dirigido entretanto al cuarto que ocupaban Handsome y sus secuaces.

Empujó suavemente la puerta. En el camarote no había más que uno de ellos, Chalky; un hombre de mediana edad, que se entretenía jugando a solitarios.

Greer le amenazó con el revólver obligándole a levantarse precipitadamente.

—¡Manos arriba!... ¿Dónde tienes el revólver? ¡Pronto! ¡Di!

Chalky, que nunca se había distinguido por sus alardes de valien-

te, le señaló la americana que estaba sobre una silla.

—Allí... en mi chaqueta.

Greer se guardó aquella arma.

—Gracias. Me puede ser útil.

Iba a marchar cuando escuchó pasos...

—¡No te muevas!—le dijo a Chalky—. Baja las manos. Vuélvete de cara a la puerta.

El ladrón obedeció mientras Greer se ponía detrás de la puerta. Esta se abrió y apareció Crook, otro de los hombres de la banda.

Sin fijarse en que detrás estaba oculto Greer, dijo a Chalky, que aparecía aturdido y nervioso:

—Todo listo, Chalky... Ya está Socker en el cuarto de máquinas y bien disfrazado... Cuando lleguemos mañana...

Greer avanzó unos pasos hacia él y con la mano en el bolsillo, sosteniendo el revólver, le dijo:

—¡Sigue diciendo! ¡Ah!, Socker está en el cuarto de máquinas y bien disfrazado, ¿eh?... Ahí escondió los valores...

—Yo no fui, yo no fui—respondió Chalky, temblando.

—Mal os ha salido la combina-



ción—dijo Greer, enfureciéndose por momentos—. Ya comprendo vuestro plan... Mañana, Socker, con su paquete al brazo dejará el barco cuando salgan los maquinistas... ¿No es así, Chalky?

—Sí... sí... pero yo no he tomado parte en ese asunto, Greer... Te lo prometo.

—¿No fuiste tú quien disparó contra Graham?

—¡No! ¡No! Handsome se encargó de ello...

—¿Handsome?

—Sí. El... él disparó...

—Bien. Y no digáis una palabra que yo he estado aquí. De lo contrario...

Y marchó amenazador, siempre esgrimando el arma...

\* \* \*

Adoptando toda clase de precauciones para que no se descubriese su presencia, Greer bajó en el ascensor al cuarto de máquinas, nave amplísima como la de una inmensa fábrica y donde estaban

las enormes dinamos que daban movimiento y vida al trasatlántico.

Fué descendiendo por un dédalo de escaleras, entre el humo de vapor de la maquinaria y el ensordecedor ruido de los mecanismos.

De pronto, por una de las galerías vió a Socker, sin chaqueta y con una gorra de maquinista.

¡Miserable! Esta vez sí que no se le escapaba... Pistola en mano avanzó hacia él, pero Socker se dio cuenta de su presencia y encarándose hacia uno de los pisos superiores, tiró contra Greer una larga llave inglesa que por fortuna no le tocó.

Enfurecido, viendo que Greer le perseguía con un anhelo fervoroso de cazarle, le disparó varios tiros, a los que Greer contestó en igual forma con buena puntería, pues uno de los disparos atravesó el brazo derecho de Socker.

Sufriendo horriblemente éste dejó caer su arma, y Greer corrió hacia él.

—¿Dónde escondiste los valores? ¿Dónde?—le gritó zaran-

deándole—. Vamos, di, ¿dónde están?

El dolor del brazo herido y la amenaza implacable del revólver, hicieron a Socker cantar de plano.

—En el almacén... allá arriba... en el cuarto número tres.

—¡Ay si me engañas!

Y marchó escaleras arriba con el deseo de apoderarse de aquellos valores que significarían la libertad de Kramer y la suya.

Handsome apareció en el cuarto de máquinas. Sus cómplices Chalky y Crook le habían comunicado lo que Greer tramaba contra todos. Loco de rabia, con un deseo feroz de matar a aquel hombre que les estorbaba, que se atrevía a levantarse contra ellos, Greer marchó en su busca.

La voz angustiosa de Socker le hizo correr a su encuentro.

—Greer... me ha herido... ¡Me ha herido!—gemía.

Handsome contempló la grave herida del brazo de Socker y dijo:

—¿Dónde está?

—¡Allí!... ¡Arriba!... ¡Míralo!

—¡Juro que voy a matarle!

Empezó a correr por las gale-

rías circulares del cuarto de máquinas, disparando contra Greer que, dándose cuenta de la agresión, la repelía enérgicamente... Y al ruido monocorde de las máquinas se unía la estridente trepidación de los disparos.

Los maquinistas y fogoneros contemplaban con espanto la lucha que aquellos dos hombres desconocidos, ajenos a las actividades del trabajo, sostenían allí cerca.

No osaban separarles, pues los disparos eran cada vez más continuos y había como un aire de muerte en el ambiente.

Handsome acompañaba sus tiros con fuertes maldiciones contra el que se había atrevido a interponerse en su camino. Greer, más sereno, más dueño de sí, no decía nada, procurando sólo herir a su enemigo.

Pero Handsome en uno de sus tiros consiguió tocar en un brazo a Greer. Este sintió el efecto de una piedra caliente arrojada contra él con toda furia, e indignado, deseando matar por no morir, avanzó decidido contra Handsome, pecho descubierto, disparando



sin cesar su pistola. Y una de sus balas hizo blanco con tan exacta puntería que vino a herir a Handsome en mitad del pecho.

El bandido se tambaleó y cayó rodando por la galería.

Greer corrió hacia él y asiéndolo fuertemente por el cuello, lo llevó lejos, hacia el ascensor, venciendo fácilmente la escasa resistencia que ofrecía.

Entraron en el montecargas. Greer cerró con fuerza la puerta rechazando antes a los maquinistas que acudían con ánimo de detenerle.

Mientras la máquina subía, Handsome, con voz agonizante, murmuraba:

—Tú ganaste, Greer, tú ganaste...

—Aun puedes hablar, ¿verdad?

—le dijo Greer, furioso.

—Sí, puedo.

—Dirás que disparaste contra Graham, que le robaste en su camarote y dirás también dónde guardas los valores.

—Sí, lo diré todo—exclamó aterrorizado.

—¡Eso es! ¡Lo dirás todo!

Llegaron a cubierta, y Greer, importándole ya poco su libertad, pero con el deseo de esclarecer los hechos y de libertar a Kramer de la prisión, entregó Handsome a los oficiales de a bordo, confesando que él le había herido gravemente.

Encontrándose muy mal, temiendo morir, Handsome declaró toda la verdad y los valores fueron encontrados en el sitio donde señaló.

Luego fué trasladado al hospital, donde los médicos le apreciaron una grave herida, aunque manteniendo su confianza en que lo lograrían salvarle.

Kramer fué puesto en libertad, pero Greer, de orden del capitán, fué detenido de nuevo por haber herido gravemente a Handsome y a Socker. Además, el capitán había pedido informes por cable a Nueva York acerca de aquel viajero y la contestación no pudo ser más categórica. Era un aventurero, un ladrón elegante que tenía cuentas pendientes con la justicia... Que no le dejaran libre ni un momento. El gobierno pediría la extradición.

Y Greer, melancólico, volvió a

su celda, pensando que esta vez no sería fácil que consiguiese escapar...

Pero le animaba una secreta esperanza. Tenía muchos delitos pendientes, mas su última hazaña, el devolver los valores a su legítimo dueño, el conseguir la detención de los verdaderos criminales, le rehabilitaba a los ojos de la justicia... Seguramente le rebajarían la pena. Y tal vez pagase sus delitos con unos pocos años de presidio... Y luego, estaba dispuesto a enmendarse, a regenerarse, a vivir bien... si le dejaban...

Porque ese es el sino de los aventureros. Se les hace tan difícil la vida honrada, en la que encuentran tantas insuperables dificultades, que han de volver a su ayer, vergonzoso y triste. Porque el perdón no significa siempre olvido y la sociedad no admite en su seno como si no hubiera pasado nada, a los que tanto tiempo estuvieron a su margen.

\* \* \*

Al día siguiente, el hermoso trasatlántico atracaba en el puerto

francés de Cherburgo. Reinaba en todo el vapor el mismo movimiento febril que días antes al salir de Nueva York...

Ahora había grandes despedidas entre los pasajeros, pues el tiempo de convivencia en el mar había creado amistades, establecido simpatías, tal vez fomentado idilios que iban a terminar con la fragilidad de la vida de una flor o se prolongarían como una promesa de eternidad.

Judy se hallaba triste... La gran alegría que tenía por la rehabilitación de su padre, libre ya de toda sospecha, se amortiguaba por el dolor que le causaba su separación de Greer.

Ella ignoraba que Greer estuviese preso, pues el capitán de la nave había ocultado a todo el mundo este detalle. Y en el alma de Judy flotaba a veces la esperanza de que aquel buen mozo continuara el viaje con ellos.

Cuando el barco atracaba ya en el muelle, la señora Graham se dirigió al grupo que formaban Judy y su padre y entregó un sobre a la muchacha.



—Miss Kramer, tenga esta carta para nuestros banqueros en Londres. Se encargarán de su asunto.

—¡Gracias!

—Y estén seguros de que no perderán sus ahorros. Mi marido se interesa de veras por ustedes.

—¡Oh, muy agradecidos, señora!—dijo Kramer en cuyo corazón se alzaba de nuevo súbitamente la esperanza.

—¡Adiós!

—¿Y cómo está el señor Graham?—preguntó Judy.

—Progresará rápidamente. Creo que pronto estará bien.

—¡Qué alegría!

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias!

Y la señora Graham volvió al cuarto donde estaba su marido, muy mejorado de su herida.

Los dos esposos se habían reconciliado, y él, agradecido a la bondad, a la caridad de Kay, que día y noche había permanecido a su lado, le había jurado amarla siempre, serle absolutamente leal. Quería ser bueno, noble. Estaba dispuesto a entregar sus valores

para repartirlos entre los cuentacorrentistas arruinados. Y quería que Kramer, injustamente acusado y al que él había tratado con tanta dureza, fuese de los primeros en cobrar.

Entretanto Greer había sido trasladado al despacho de uno de los oficiales en espera del momento en que le bajasen a puerto. Un policía le vigilaba...

La señora Graham quiso despedirse de él y fué a su estancia. El capitán del vapor no se opuso a que se despidieran de Greer.

—¡Oh, buenos días, señora Graham!—dijo Greer, emocionado.

—¡Buenos días! ¿Se encuentra usted bien?—exclamó contemplando el brazo que llevaba en cabestrillo—. Me han dicho que sufrió ayer un accidente.

—¡Oh, sí, muy bien! ¡Esto no es nada! En absoluto. Es que tropecé anoche en la oscuridad y me herí—agregó con el deseo de evitar que ella se enterara de lo ocurrido—. ¿Pero sabe?... Quizás permanezca a bordo hasta que se cicatrice. Así es la ley, se interesan

siempre en mis asuntos. Molesto, pero necesario... Y usted, señora Graham, ¿es feliz ahora?

—¡Mucho!—respondió con sinceridad.

—¿Y su marido?

—Devolverá los valores. Seremos pobres quizás, pero estaremos juntos.

—Celebro la reconciliación.

—Creo que lo debemos todo a usted...

—¡Oh, no tiene importancia! ¿Recuerda usted la Habana? Hace cinco años... Usted me hizo sonar... en una mujer que se pareciese a usted.

—Pues mire... Allí hay una que a usted le interesa... Tras de esa ventana.

—¡Es Judy! Ya la veo.

—¡Le deo! ¡Adiós, amigo!

—¡Adiós, señora Graham! ¡Que tenga usted mucha suerte, mucha felicidad!

Desapareció la dama y Greer se dirigió emocionado al encuentro de Judy y de su padre que habían entrado en la habitación.

Nadie sabía a bordo cuál era la verdadera historia de Greer, por

lo que ni por asomo podían pensar en que su detención fuese definitiva. Creían más bien que estaba allí para aclarar algunos asuntos relacionados con la captura de los ladrones. ¿Cómo iban a suponer que pudieran encarcelarle por haber herido a unos malhechores?

Kramer, muy conmovido, estrechó la mano de Greer.

—¡Adiós, señor! Quisiera expresarle todo mi agradecimiento...

—No se preocupe por mí... En unos días mi brazo estará como nuevo. ¡Soy feliz!

—Judy quiere decirle adiós.

—¡Magnífico!

El señor Kramer se retiró, y Judy quedó junto a Greer contemplándole amorosamente, deseando que él le declarase su cariño, no queriendo que se separasen así, sin ningún compromiso formal.

—Ya ve, Judy—le dijo sonriente—. Terminó el viaje... Todo acaba... todo...

—Sí—contestó bajando la cabeza con amargura.

—¡Anímese!... Y ahora Londres, París, Berlín... ¡Qué interesante aventura le ofrece la vida!



Ella le miró con sus hermosos ojos azules, de una candidez matinal.

—¿Por qué no viene usted también con nosotros?—le dijo.

Tardó Greer en responder. ¡Ah, si esa muchacha supiera!

—¡Ojalá!—contestó—. Quisiera ver el mundo una vez más por sus ojos. Pero es demasiado tarde... Mi vida tiene otros derroteros... ¡Adiós, Judy!

Volvió ella a mirarle y le cogió las manos con ternura.

—¡Greer! ¡Nunca, nunca en la vida podré olvidarle a usted!

—¡Adiós, Judy, adiós! ¡Quién sabe si nos volveremos a ver algún día!... Si yo fuera otro hombre, me hubiera casado con usted... Pero no soy libre, créalo usted, no soy libre... Mi pasado manda sobre mi día de hoy y mi porvenir... Si no fuera así, Judy, ¿usted cree que la dejaría marchar sola?

Judy no respondió. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Pero advino también que nunca podría unirse a Greer. Algo extraño que

ella no sabía, que ella no podía averiguar, la separaba de aquel hombre... Y salió lentamente, sorbiéndose las lágrimas, sufriendo su primer desengaño de amor, la tristeza de la enamorada que ve fallidos sus anhelos...

¡Adiós, Greer, adiós para siempre!... Era verdad... Había que olvidarle... En los viajes todo es frágil, todo es efímero... ¿Por qué sentar una pasión firme y resistente en un mundo que como el trasatlántico era de consante vaivén?

Y fué a reunirse con su padre.

Greer, desde la oficina donde estaba preso, contemplaba a los pasajeros que se iban. Con una melancólica sonrisa les veía partir... Todos ignoraban las causas de su detención. La creían un mero formalismo oficial; desconocían el pasado de Greer y sus cuentas con la justicia...

Vió pasar a la señora Graham en compañía de su esposo tendido aún en una camilla...

¡Oh, la hermosa señora! De sus ojos parecía haber desaparecido la tristeza al sentir definitivamente

reconquistado el corazón de su marido.

Una mujer así hubiera sido la dicha de Greer. La había encontrado al fin, pero demasiado tarde, en Judy. La hallaba cuando la ley le detenía para darle su castigo.

Luego vió pasar a Sigrid dando el brazo a un pasajero inglés, su amante de turno.

¡Qué mujer tan despreciable era! ¡Oh, cómo se mezclan en todas partes el bien y el mal!... Aquí Kay y Judy, por una parte, prototipos de bondad y de abnegación, y por la otra Sigrid, la personificación de la criatura egoísta, bestezuela de lujo y de placer, incapaz de un gesto magnánimo, de una generosidad, de un deseo que no fuera su conveniencia. ¡Y él había tratado tantas mujeres así!

Después vió pasar al señor Kramer y su hija Judy. El viejo óptico parecía más jovial que antes. La seguridad de que no perdería sus ahorros, de que podría realizar sin contratiempo su viaje de recreo por Europa, le alegraba.

En cambio, Judy iba a su lado con tristeza, con una expresión en la que se veía reflejado el llanto.

¡Judy! ¡Judy divina! Ella le había amado, le amaba y seguramente se preguntaba en el fondo de su corazón el por qué de aquella indiferencia, de aquella negativa de Greer a corresponder a su cariño. ¡Si ella supiera, si ella supiera, si ella supiera el anhelo profundo que había en el alma de Greer hacia ella! ¡Y no era posible! La vida de Greer, su pasado de ladrón, de aventurero, le impediría unir sus destinos a los de una muchacha honrada... Ni aunque en lo sucesivo fuese un modelo de virtudes... Ella merecía más...

¡Judy! ¡Siempre la recordaría! Estaba también seguro de que la muchacha con su juventud acabaría por olvidarle... La vida es un incesante renovar de flores y de amor... Un nuevo cariño conseguiría al cabo de tiempo dominar el corazón de Judy... Y él, Greer, se alegraría de ello, deseando para la nena idolatrada una felicidad que él no había podido darle...



Greer estaba convencido de no olvidar nunca a aquella mujer. En cualquier punto donde estuviese, en la cárcel o en la libertad, la evocaría como su protectora... Sería su ídolo, su bandera, su escudo... Si volviera alguna vez a sentir la tentación del pasado, el recuerdo puro y fragante de aquella nena que "le creía bueno aunque sin corazón", le impediría volver a vivir contra la ley...

Hodgkins, el buen camarero, se le acercó para despedirse de aquel caballero que había tenido tan accidentado viaje... Y aun un pasajero acababa de asegurar que la travesía había sido aburrida. ¡Cuidado que los hay miopes!

Greer estaba distraído, con los ojos fijos en el muelle por el que desaparecían Kramer y su hija.

De pronto murmuró con una voz llena de pesadumbre:

—¿No es esto hermoso, Hodgkins?

—¿El qué, señor?

—Hallar la mujer que nos ve como debíamos ser y no como somos en realidad...

Sin comprenderle del todo, el camarero respondió:

—Las mujeres son así, señor... ¡Tan benditas!... La mujer es como un barco...

Con un rápido gesto Greer interrumpió su oración.

—Lo sé, lo sé, Hodgkins... Y un barco es como una gran ciudad... Hay buen tiempo y mal tiempo, y quien tome la amargura con dulzura será el que haga el viaje más feliz... ¿No es así?

—Eso es.

—Sí, eso es...

Y lanzando una carcajada volvió a mirar al muelle lleno de gentío, y, como en la bella canción, "reía por no llorar"...

FIN

## COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

### La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 12.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Meriposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrelli.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diables.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—¡La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copia andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichasas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn.—Un yanqui en la Corte del rey Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Estudiantina.—Las peripecias de Skippy.—¡Qué viudita!—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran trece.—Cheri-Bibi.—Bésame otra vez.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



## PROXIMOS NUMEROS:

La sentimental narración

### Los hijos de la calle

Por Gaby Morlay, Víctor Francen, Jacques Varennes,  
Tania Fedor, etc.

Novela que ninguna mujer dejará de leer

★

La deliciosa opereta

### El teniente del amor

por Gustav Frolich, Dolly Haas, etc.

★

SEGUIDAMENTE:

### Marianita

Por la pareja ideal Janet Gaynor y Charles Farrell

★

### Madame Satán

Por Reginald Denny, Kay Johnson, Lillian Roth, etc.

**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre y únicamente lo mejor

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

## ¡Últimos grandes éxitos!

El precio de un beso, por José Mojica y Mona Maris. (6 ediciones)  
Del mismo barro, por Mona Maris y Juan Torena. (6 ediciones)  
Ladrón de amor, por José Mojica y Mona Maris. (4 ediciones)  
El valiente, por Juan Torena. (2 ediciones)  
El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)  
El gran charco, por Maurice Chevallier y Claudette Colbert. (2 ediciones)  
Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Navarro. (3 ediciones)  
Ben-Hur, por Ramón Navarro y May Mac Avoy. (Edición popular)  
Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angelita Benítez y José Crespo  
Montecarlo, por Jeannette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)  
Camino del infierno, por María Alba y Juan Torena (2 ediciones)  
El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée, (Edición popular)  
Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Farnum, Hobart Bosworth, etc.  
La viuda alegre, por Mae Murray y John Gilbert. (Edición popular)  
Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (4 ediciones)  
El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Rivelles, Elvira Morla, etc. (2 ediciones).  
En cada puerto un amor, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.  
Marruecos, por Marlene Dietrich, A. Menjou, G. Cooper, etc. (2 ediciones).  
¿Conoces a tu mujer?, por Carmen Larrabeiti, Ana María Custodio, Rafael Rivelles, Miguel Ligeró, Manuel Arbó, etc.  
La mujer X, por María Ladrón de Guevara, J. Crespo, R. Rivelles (3 edic.)  
Gente alegre, por Rosita Moreno, Roberto Rey, Ramón Pereda, etc.  
Mar de fondo, por George O'Brien, Marion Lessing, Mona Maris, etc.  
La llama sagrada, por Elvira Morla, Martín Garralaga, Luana Alcañiz, etc.  
La ley del harén, por José Mojica, Carmen Larrabeiti, etc. (3 ediciones)  
La fruta amarga, por Juan de Landa, Virginia Fábregas, etc. (2 ediciones)  
Vidas truncadas, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.  
La fiera del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.  
Tabú, interpretada por naturales de las islas donde se desarrolla la acción.  
El pasado acusa, por Luana Alcañiz, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
Papá piernas largas, por Janet Gaynor, Warner Baxter, etc. (2 ediciones)  
Trader Horn, por Harry Carey, Duncan Renaldo, Edwina Booth, etc. (2 ed.)  
Un yanqui en la corte del rey Arturo, por Will Rogers, William Farnum, Maureen O'Sullivan, Frank Albertson, Myrna Loy, etc.  
El Código penal, por María Alba, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
La pura verdad, por Enriqueta Serrano, Manuel Russell, etc.  
Maternidad o El derecho a la vida (fuera de serie) (2 ediciones)  
Carbón - La tragedia de la mina, (creación de G. W. Pabst). (2 ediciones)  
Estudiantina, por Ramón Navarro, Dorothy Jordan. (2 ediciones)  
Las peripecias de Skippy, por Jackie Cooper, Robert Coogan, etc. (2 edic.)  
¿Qué viudita!, por Gloria Swanson, Margaret Livingston, Owen Moore, etc.  
El camino de la vida (primer film ruso hablado y cantado). (2 ediciones)  
Noches de Viena, por Vivienne Segal, Alexander Gray, etc.  
Mamá, por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, María Luz Callejo, etc. (3 edic.)  
Eran trece, por Manuel Arbó, Juan Torena, Ana María Custodio, etc.  
Cheri-Bibi, por Ernesto Vilches, María Ladrón de Guevara, etc. (2 ediciones)  
Bésame otra vez, por Walter Pidgeon, Bernice Claire, etc.



Adquiera las interesantísimas **BIOGRAFÍAS**  
de los famosos artistas:

**MAURICIO CHEVALIER,**  
**JEANNETTE MAC DONALD,**  
**GRETA GARBO,**  
**RAMON NOVARRO,**  
**CHARLOT,**  
**JOSÉ MOJICA**

(10 ediciones)

Numerosas ilustraciones en el texto · Postal-regalo · Canciones.  
Anécdotas · Sensacionales revelaciones.

Insuperable presentación.

Precio: 50 cts.

Pida siempre, la primerísima novela cinematográfica

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

Asuntos selectos · 32 páginas de buen texto.

Postal-regalo.

Precio: 25 cts.

No deje de adquirir:

## **La Novela Cinematográfica del Hogar**

Inmejorables asuntos · 32 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor.

Precio popular: 30 cts.

Éxito de la colección  
de asuntos rusos

## **EL FILM RUSO**

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El pueblo del pecado, El espía, La danza roja e Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

Coleccione usted la nueva novela

## **EXITOS CINEMATOGRAFICOS**

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El estudiante mendigo.

Precio: 50 cts.



EB

**Precio: UNA peseta**